

ANTONIO SOTILLO.

EL ABANICO DE CELIA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS


COPYRIGHT, BY A. SOTILLO, 1913

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

NÚÑEZ DE BALBOA, 12

—
1913



Digitized by the Internet Archive
in 2015

Para el ilustre actor y el más
ingrato de los amigos Luis de
Llanos, con toda la admiración
y el rencor de su apuro
Arguilla

EL ABANICO DE CELIA
Volumen 1 8 enero 1814.

¡ Una obra que parece
escrita para la compañía
de V. ! ¡ Si no, tómese la
molestia de leerla.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción. Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Sociedad de Autores Españoles

EL ABANICO DE CELIA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

BASADA EN «L'EVENTAIL» DE FLERS Y CAILLAVET

POR

ANTONIO SOTILLO

Estrenada por la Compañía del teatro Lara,
de Madrid, en el Victoria Eugenia de San Sebastián, el día 13
de Septiembre de 1913.

VALENCIA.-1913

IMPRENTA DE MANUEL PAU

CUARTE, 25

ALSO 117 117 45 1 519

AL SEÑOR

D. FERNANDO NAVARRO ZÚÑIGA

Querido tío: Es milagroso el hallazgo de un hombre de talento, que, además, sea hombre de corazón. Casi nunca he tenido en mi vida esa suerte que le consuela á uno de la lucha diaria con la multitud de caballeros que se consideran listos... porque son malos, y se juzgan buenos... porque suponen á los demás peores.

Quede honrada la primera página de este libro con su nombre de usted, y sea la modesta dedicatoria expresión de toda mi gratitud.

ANTONIO SOTILLO

Valencia 17 Septiembre 1913.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CELIA (30 años.)	Sra. Bárcena.
— GERMANA (20 íd.)	Srta. Pardo.
— LA SRA. DE OVIEDO (35 íd.)	» Illescas.
— TERESA (15 íd.)	» Moneró.
ANGELA (40 íd.)	» Seco.
ANDRÉS (30 íd.)	Sr. Peña (R.)
— GARÍN (70 íd.)	» Mora (S.)
SANTIAGO (25 íd.)	» Manrique.
MARIO (25 íd.)	» Perchicot.
— EL CONDE DE LÉVY (50 íd.)	» Zaragozano.
— EL SEÑOR OVIEDO (50 íd.)	» Isbert.
UN GUARDA (60 íd.)	» Mihura.
MIGUEL (50 íd.)	» Collado.
PEDRO (25 íd.)	» Mora (J.)

**La acción en casa de Germana y Santiago: un castillo
de Normandía.**

Época actual. (Verano.)

— Las indicaciones, del lado del actor

ACTO PRIMERO

Una terraza, cubierta por una claraboya de madera, sostenida por esbeltas columnas y casi tapizada por las hojas de una multitud de plantas trepadoras que suben del vecino jardín y todo lo invaden.

A la izquierda, puerta grande de un salón.

A la derecha y al foro, otras con escalera que dan al jardín.

En el ángulo de la derecha, una mesita de *bridge*. Los demás muebles, apropiados y elegantes.

Al levantarse el telón, en escena está sola TERESA; sentada en una mecedora, *parece* reflexionar. Es una niña, con pretensiones y espíritu de mujer, pero todavía va vestida de corto. Suena un timbre fuera, y poco después llega PEDRO, el criado, por la izquierda.

PEDRO El señor Barón de Arnales que pregunta si podrá ver al señor.

TERESA Dígame usted que el señor está en el parque. (Pedro va á salir.) No, mejor es que pase aquí. Dígame usted que pase.

(Pedro se va. Ella se levanta, se arregla el peinado mirándose á un espejo, vuelve á sentarse muy de prisa en la mecedora, frente á la puerta de la izquierda, toma un libro y hace como que lee con la mayor atención.)

(Entra MARIO, tipo enfático y ceremonioso.)

MARIO Buenos días, Teresa.

TERESA (Muy *sorprendida*, tendiéndole la mano.) ¡Hola, Mario! ¿Qué tal? (Se saludan.)

MARIO Su señor hermano político, ¿no está?

TERESA Sí, está en el parque, con Germana.

MARIO ¿Solos?

TERESA No, con unos vecinos que almorzaron

- hoy en casa, y los amigos que veranean con nosotros...
- MARIO (Que no sabe qué decir.) ¿Aquí?
- TERESA Sí, señor, aquí, en «El Encinar», á doce kilómetros de Caen, ocho de Trouville... castillo que no tiene nada de histórico, ningún recuerdo, ningún estilo, jardín inglés, casi todas las comodidades de París... Hay en la casa una muchacha soltera, educación exquisita, ojos negros, cabellos rubios, no toca el piano... Un gran partido, vamos... En fin, todo lo que me iba á decir usted.
- MARIO (Asombrado.) ¿Yo?...
- TERESA Sí, señor, usted. (Inclinándose, risueña.) ¡Muchas gracias! ¡Es usted muy galante! ¡Muy atento!... Y, sin embargo, hace ocho días... que no se acuerda de mí.
- MARIO Perdóneme usted... Desde hace ocho días casi puede decirse que no salgo de mi sala de armas... ¡Toda la mañana! ¡Toda la tarde!... ¡Cincuenta, sesenta..., cien asaltos diarios!
- TERESA Pero, hijo, por Dios... ¡Se va usted á matar!
- MARIO No; es que ha de celebrarse muy pronto un gran torneo de esgrima en Nueva York, y estoy esperando, de un momento á otro, un telegrama de la Academia...
- TERESA ¿De la Academia?
- MARIO Sí, señora, de la Academia de Esgrima, que me designará... indudablemente, para representar á nuestro país...
- TERESA ¿Y se marcha usted á América?... Y por semejante bobada, ¿va usted á dejarnos? ¡Eso no es posible!
- MARIO (Escandalizado.) ¿Qué dice usted? ¿Bobada? Yo no puedo vacilar un instante... Mi deber, y el honor que se me... que se me...
- TERESA ¡Ah! ¿Y le parece á usted que eso son argumentos?

MARIO ¡Una gloria que estoy ambicionando toda mi vida!

TERESA (Indignada.) ¡Está bien! Tiene usted razón. ¡Pero sepa usted que si se llega á embarcar, sépalo usted y no lo olvide—¿oye usted?—no lo olvide nunca...!

MARIO ¿Qué?

TERESA ¡Nada, no!... ¡Nada!

(Pausa.)

MARIO (En pie.) Amiga mía, le pido á usted mil perdones...; pero creo que, desde el momento en que su señor hermano político no está aquí, será conveniente que vaya á buscarle. Como estoy invitado á comer, necesito verle cuanto antes...

TERESA (Vivamente.) ¿Tiene usted algo que decirle?

MARIO No, no tengo nada que decirle, porque se trata de... una visita de cortesía...

TERESA (Sin entenderle.) ¡Ah! ¿Y en ese caso?

MARIO ¡Señor!... Para que una visita... sea una visita de cortesía... es preciso que no tenga uno nada que decirle á la persona á quien viene á ver... Porque si tiene uno algo que decirle... ya no es una visita de cortesía, puesto que...

TERESA (Asintiendo, irónicamente.) ¡Sí, señor, sí! Me deja usted... absolutamente convencida. ¡Vaya... vaya usted... con Dios!

MARIO A los pies de usted. (Mario vase foro.)

TERESA Pero... ¿será tonto, Dios mío? ¿Será tonto?... ¡Y yo más... infinitamente más, porque... á pesar de todo...!

(Llega GERMANA por la izquierda.)

GERM. ¿Quién era ese que acaba de salir?

TERESA ¡Mario de Arnales... y toda su buena educación!

GERM. ¡Qué burlona eres, Teresín!

(Trastea en algún mueble, durante la escena, abriendo y cerrando cajones, etc.)

- TERESA Hija, ¿querrás creer que en un cuarto de hora, no se le ha ocurrido nada que decirme? ¡Ni el más elemental de los piropos!... ¡Ni siquiera una inconveniencia! ¡Y se creará bien educado! ¿Te parece?
- GERM. Vamos, Teresa...
- TERESA Eso digo yo, vamos... á ver: ¿á qué aguarda para pedirnos mi mano?
- GERM. ¡Calla, por Dios! ¿Y serías tú capaz de pensar en ese espadachín? Pero, criatura... ¡Si eso es más triste que un recordatorio!
- TERESA (Mirándola de alto á bajo.) ¡Hija mía, no entiendes una palabra de estas cosas! Y no tienes la culpa... Tú ya eres una señora casada...
- GERM. Desde hace dos meses.
- TERESA Bueno, ya eres una señora casada... y, naturalmente, ¡no puedes tener la experiencia de una muchacha soltera! Pero, ¿tú no comprendes que Mario sería un marido modelo... dócil, sumiso... ideal, una verdadera ganga? ¡Y sobre todo, que yo me había propuesto que pidiera mi mano, y si me deja plantada... es una humillación que no puedo sufrir!
- GERM. No digas tonterías. Yo te buscaré otra cosa mucho mejor. Ya tengo una idea...
- TERESA ¿Sí? Dime, dime...
- GERM. No... todavía no.
- TERESA Pero, sepamos, ¿quién?
- GERM. Un amigo de Santiago.
- TERESA (Negando, con vivo ademán.) Gracias, guárdatelo. ¡Para que se parezca á él!
- GERM. ¿Y qué tienes tú que decir de mi marido?
- TERESA Nada... Yo le quiero mucho, porque te adora. Pero un hombre como ese, que ha tenido tantos éxitos brillantes en su larga carrera de conquistador... ¡á mí no me inspiraría ninguna confianza!
- GERM. Pues harías mal... ¡O mejor dicho, sí,

tienes razón! Porque Santiago no hay más que uno... el mío.

TERESA (Dándole una palmadita en la cara.) ¡Simple!

(Entra SANTIAGO por el foro.)

TERESA ¡Mira! ¡Aquí lo tienes... al único!

SANT. (Amenazándola, cariñosamente.) Oye, muñeco, ¿pero es que te estás burlando de mí?

TERESA No... De mi hermanita... que se fía de su marido... ¡Será inocente! Adiós, voy á ver si me puedo reir un poco... ¡Porque tengo una pena! (Vase foro.)

GERM. Ven aquí... (Después de mirar á todas partes, como si fuera á confiarle un secreto.) ¿Verdad que tú me quieres?

SANT. (Sonriendo.) No... ¡Oye, que se estarán ahogando ahí fuera esos infelices! Debes mandar que les sirvan unos refrescos á tus invitados...

GERM. (Oprimiendo el botón de un timbre.) No son mis invitados, que conste: son los tuyos. Yo no tengo más que uno.

SANT. ¿Quién?

GERM. Tú.

(PEDRO, por la izquierda.)

SANT. Que sirvan aquí los helados, refrescos, cerveza...

(Vase PEDRO.)

GERM. Sí, un invitado, que me deja sola muy á menudo... Se va todos los días á paseo en el auto y no quiere llevarme.

SANT. ¿Lo ves? ¿Te convences de que soy mucho más condescendiente que tú? Tú no quieres que salga un solo día sin llevarte... Yo me resigno á salir sin ti... ¡Y me voy solo!

GERM. (Sacudiéndole con el abanico.) ¡Ban-di-do!

(Los CRIADOS entran por la derecha conduciendo una mesita con el servicio pedido.)

SANT. Voy á decirles que vengan á esos infelices que se estarán muriendo de sed.

GERM. No... Espera un momento... ¿Qué tenía yo que decirte? ¡Y era una cosa de mucha importancia! ¡Ah! Sí... ¿Tú me quieres?... (Voces fuera.) Mira, ya no hace falta que vayas...

Por el foro, ANGELA y EL CONDE DE LÉVY.)

GERM. (A Angela.) ¿Qué prefiere usted? Hay mantecado, limón, soda... (Angela toma una copa.) ¿Y usted, Lévy?

(GARÍN, por el foro, que trae la sombrilla de Angela en la mano.)

GARÍN ¡Muy bonito! ¿Es decir, que se olvidan ustedes de mí?

GERM. ¿De usted, querido maestro?

GARÍN Sí, señor, sí... Me dejaron abandonado en un rincón del parque, como si fuera un paraguas, en compañía de la madama esta...

ANGELA ¿Y eso á usted? ¿A un hombre célebre? (Tomándole la sombrilla.)

GARÍN Es verdad, señora... Yo soy un hombre célebre... Sólo que nadie lo sabe.

(Se sienta.)

ANGELA ¿Cómo se atreve usted á decir eso? Los académicos son inmortales.

GARÍN Sí, señora..., inmortales... hasta que se mueren. Gracias, hija, gracias. Pero crea usted que no me hago ilusiones sobre ese punto. La Economía política, mi estudio predilecto desde la juventud, es una ciencia prosaica, huraña, enemiga de la popularidad... Una de esas viejas solteronas de genio insoportable...

GERM. Y, sin embargo, le consagró usted su vida, y le ha sido fiel...

GARÍN ¡Ay! No creas que fué por vocación... Fué por despecho. Mira... A los veinte años tuve yo la primera novia... Ese primer amor que no se olvida nunca... Se llamaba Caridad—¡y tenía yo en aquella criatura una fe!—¡Si á los veinte años no se hace uno ilusiones!... ¿para cuándo lo deja, verdad? Era rubia, una de esas rubias con ojos negros...

GERM. ¡Qué bonita sería!

ANGELA Ya lo creo... ¡Muy bonita!

GARÍN Sí, señora, sí... Lo era. Pero no desmentía su nombre: ¡caritativa como ella sola! Me engañó primero con un pintor. Yo me callé... y aquel buen amigo me hizo un retrato precioso. Lo conservo... y me gusta más que todos los que me han hecho después los artistas más eminentes...—¡Claro, en ninguno tengo veinte años más que en aquél!—Me engañó luego con un médico. Yo me callé también, y aquel excelente amigo me asistió en una enfermedad gravísima con la solicitud de un hermano... y sin acordarse para nada de que era médico. ¡Naturalmente, me salvé! Pero un día se le antojó á Caridad engañarme con un filósofo como yo—con un estudiante de filosofía...—Y esto ya no lo pude soportar. La rabia y los celos me volvieron loco..., y reñimos. Tuve un disgusto de muerte. ¡Ah! ¡Ese primer desengaño de la vida le coge á uno desprevenido, y duele, duele!... En semejantes casos, hay quien se retira á vivir al campo... hay quien se refugia en un convento... Pero á mí ningún asilo me pareció bastante seguro ni bastante lejano... y me refugié en la Economía política. Y vean ustedes por dónde, si aquella rubia de los ojos ne-

gros no hubiera tenido una cabeza tan ligera y un corazón tan hospitalario... es muy posible que, á estas horas, no hubiese escrito yo cincuenta y tantos libros ni me vieran ustedes en la Academia.

(Todos se ríen. Los de telón afuera, con que se sonrían basta.)

- (PEDRO, por la izquierda.)
- PEDRO Los señores de Oviedo preguntan si la señora recibe. (Pedro, al irse, retira el servicio.)
- SANT. Sí; es que le he dicho á Oviedo que tendríamos partida de *bridge*... (Vase izquierda.) (Germana da sus órdenes á Pedro.)
- ANGELA (A Germana, confidencialmente.) Pero, diga usted, Germana, ¿y es posible que reciban ustedes á la de Oviedo? Es mujer de una reputación muy dudosa... ó mejor dicho, segura, pero desagradable...
- GERM. ¿Qué quiere usted? La vecindad. Sus fincas lindan con las nuestras. Además, la recibo en el campo, pero en París, no.
- ANGELA ¡Ah! Vamos, así bien. Lo mismo hago yo.
- GARÍN Me parece admirable esa distinción. Admirable... y sobre todo, lógica. Pero también habrá personas á quienes no reciben ustedes en el campo y en París sí, ¿eh?... ¿No? Pues debiera haberlas.
- GERM. (Mirando al salón de la izquierda.) Ya están aquí. (Sale izquierda.)
- LÉVY (A Garín.) ¿Conoce usted á la señora de Oviedo, su marido y su perro? No es posible separarlos...
- GARÍN Muy poco... No hemos hablado más que un par de veces... Y... el perro es muy simpático... (Benévolamente.) Y el marido también.
- LÉVY Un jugador de *bridge* de primer orden. Yo le debo un luis de anoche.
- ANGELA ¿Y ella? ¿Qué les parece á ustedes ella?

LÉVY Si me perdona usted, seré franco: una mujer encantadora.

GARÍN Pero muy convencida de que lo es.

ANGELA ¿Qué quiere usted? ¡Se lo han dicho tantos!

LÉVY A pesar de todo, yo no creo que sean verdad las pasiones que se le atribuyen.

ANGELA Pues mire usted; sus amigos, menos piadosos, dicen que suele tener dos ó tres por estación... ¡Menos en primavera; en primavera... no pueden contarse!

GARÍN ¡Qué horror! Pero, bueno, esos son los menos piadosos... ¿Y los más..., los más caritativos, qué dicen?

ANGELA Lo mismo.

GARÍN Y lo que son las cosas... (Mirando al salón de la izquierda.) El marido respira satisfacción por todos los poros de su cuerpo. Es el tipo del hombre feliz.

ANGELA ¡Ah! Es un bendito... ¡El hombre de las planchas!

GARÍN (Con extrañeza.) ¿Qué?

LÉVY Sí, señor: tres planchas cada cinco minutos. ¡No habla muy á menudo!

GARÍN ¡Hombre, por Dios!

LÉVY Reloj en mano: mire usted, son las cuatro y veinte... ¿Qué apuesta usted á que á las cuatro y veinticinco ya las ha hecho? ¿Va un luis?

GARÍN Vaya.

(Entran izquierda los SEÑORES DE OVIEDO, GERMANA y SANTIAGO.)

SRA. O. ¡Buenas tardes, señor Garín!... ¡Hola, Conde!

(Saludos, etc.)

ANGELA (Besándola.) En la playa no se habla más que de usted, querida Agata. ¡Este verano, es usted la reina de Trouville!

LÉVY (A Garín y Oviedo: están los tres juntos.) ¡Agata! ¡Qué nombre más bonito! ¿Eh?

OVIEDO Sí, pero tan raro... Y demasiado grave. Por eso mis amigos le han suprimido la *a*, y le llaman á mi mujer, Gata, ó Gaita... Es más cariñoso...

SRA. O. (A su marido, secamente.) Pero, hombre.... ¿Qué estás diciendo?...

LÉVY (A Garín, que está á su lado.) ¡Una!

OVIEDO (En voz baja.) Es verdad: me había encargado ella mucho que no lo dijera... ¡Y siempre se me olvida!

LÉVY (Como antes.) ¡Dos!

SRA. O. (A Germana.) ¡Cuánto sentimos no verla á usted la otra tarde en la *garden-party* que nos dió Casamar! Estuvo aquello muy bien.

OVIEDO Sí, pero hacía bastante frío... El bueno de Casamar cometió la imprudencia de venir á las nueve de la noche, acompañando á mi mujer en su auto... que es un coche descubierto... ¡Y llegó con una fiebre y unos sudores... que no hubo más remedio que acostarle en casa! ¡Ocho días se ha tenido que pasar con nosotros!

GARÍN ¡Pobre señor! (Y con mucho disimulo se vuelve á Lévy, mostrándole con tres dedos de la mano derecha que no ha perdido la cuenta.)

LÉVY (Al mismo tiempo.) ¡Tres!

SRA. O. (Dirigiéndose á la mesa de juego, que ya estará preparada, al foro derecha.) Conque quieren ustedes que les dé una paliza, ¿eh?

SANT. Sí, señora, sí. La mesa ya nos está...

(Todos se acercan á la mesa, menos Lévy y Garín.)

LÉVY (Consultando su reloj.) ¡No hace más que cuatro minutos y ocho segundos que llegó! ¡Me parece que no se puede usted llamar á engaño! Me debe usted un luis.

GARÍN No, señor, no. Lo pago.

(Se lo da. Lévy se dirige á Oviedo.)

LÉVY Amigo mío, y ahora que me acuerdo... Yo le debo á usted un luis, de anoche.

OVIEDO ¿De veras? Pues no me acordaba.

LÉVY Aquí lo tiene usted. (Vuelve á Garín.)

GARÍN (Dándole la mano.) ¡Muy bien! Sí, señor; muy bien jugado.

(Se sientan á jugar Santiago, los señores de Oviedo y Lévy. Quedan en primer término, Germana y Garín, y cerca de la mesa, Angela.)

(TERESA llega, por el foro, corriendo.)

TERESA ¡Ay! ¡Qué susto!... ¡Vosotros aquí, tan tranquilos, y yo muerta de miedo! ¿No me ha comido, verdad? ¡Pues me quería comer!

GARÍN (Sonriendo.) ¿A ti?... ¿Quién?

TERESA ¡Una fiera... un ogro... un jabalí!

GERM. Bueno... Andrés, de seguro. ¡Qué exagerada eres, Teresín!

TERESA ¡Ay, qué escena! Figúrense ustedes que me lo encuentro tendido debajo de un árbol—en el santo suelo, ¿eh?—Dormía el hombre con un entusiasmo y una convicción... que me dió mucha lástima, y temiendo que se fuera á poner malo, me acerco, y lo despierto, para decirle: «¡Váyase usted á la cama, criatura, que acaban de regar aquí, y estará usted cogiendo mucha humedad!»... ¿Creerán ustedes que me dió las gracias? ¡Sí, gracias! Lo que hizo fué decirme: «¡Váyase usted á...»

GERM. (Interrumpiéndole vivamente, y sobre todo á tiempo.) ¡Pero, Teresa!

TERESA Hija, ¿en qué quedamos? ¿Tú no me tienes dicho que te repita todo lo que me digan cuando no estés tú delante?

(Risa general.)

ANGELA La verdad es que no me explico por qué reciben ustedes aquí á ese salvaje. Debieran tenerle dispuesto para cuando viniera el pabellón aquel que hay al final del parque.

GERM. Si precisamente vive allí todos los veranos, y tiene la humorada de alquilárselo

á mi marido. ¿No lo sabía usted? Pues, sí, quiere estar solo, para regañar á sus anchas. Y dice que si *no está en su casa*, no viene, porque no tendrá derecho para quejarse.

GARÍN ¡Es una criatura! ¿No lo oyen ustedes?

(Se oye la voz de ANDRÉS, fuera, por el foro.)

ANDRÉS ¡Muy bonito! ¡Muy digno! ¡Qué casa esta! Yo me voy, sí, señor. Me voy...

TERESA Ya está ahí. Yo me escondo. (Se coloca detrás de la mesa de juego, procurando ocultarse, y en cuanto Andrés, en el curso del diálogo—y momento que se indica—le vuelve la espalda, huye rápidamente al jardín.)

(Aparece ANDRÉS por el foro. Saluda á los Oviedo al pasar, estrechándoles la mano.)

ANDRÉS ¡Es delicioso esto! ¡Encantador! ¡Daría yo algo por saber quién ha sido el que ha hecho la gracia de despertarme!

GERM. (Cariñosamente.) Pero, hombre, ¡ya empezamos!

ANDRÉS ¡Si le parece á usted que no es para poner el grito en el cielo! (Y lo pone, pero sin dar voces. Como ya se irá viendo, Andrés—la ironía personificada—se indigna, sin abandonar su gesto de fatiga y desdén. Es el hombre de mundo siempre.) ¡Ah! ¡La vida del campo!... No he podido pegar los ojos en toda la noche. Los poéticos ruiseñores no me han dejado dormir un minuto. ¡Y cuando esta mañana encuentro un sitio fresco donde tenderme, y consigo, al fin, pescar el sueño..., á esa monada de criatura, á esa preciosidad de la casa... (Salida de Teresa.) á esa que se va, se le ocurre venir á despertarme! ¿Ha visto usted qué gracia?... Además, un ejército de bichos horribles que invade mi cuarto, que se meten por todas partes... (Sacudiéndose las mangas violentamente; á Santiago.) ¡Hijo, te felicito por ese pro-

- ducto de tu jardín! ¡Es un encanto! Hay más bichos que flores.
- SANT. (Riendo.) Pero si es que te sientas á leer en el suelo, en el macizo de las rosas. Y, naturalmente, esos animalitos acuden á ti, porque son parásitos del rosal, tu vecino.
- ANDRÉS ¡Pues, hombre, que los mantenga él, si es que tiene esa obligación... (Sigue sacudiéndose.)
- GARÍN Pero, amigo Andrés, ¿por qué no se ha quedado usted en París?
- ANDRÉS ¿En París, eh? Allí estaba hace quince días. Debía encontrarlo vacío en este tiempo, ¿verdad? Pues, mire usted, en cada calle, á cada paso, un amigo... ¡Ah! Los amigos... Voy á comer al bosque... ¡Y lleno de mujeres! ¡Y qué mujeres!
- ANGELA ¡Qué hombre!
- GERM. ¡Oh! Es muy notable. Si le oyen ustedes parece que aborrezca á la humanidad. Pero no puede pasarse ocho días sin vernos. Y por Santiago ó por mí se dejaría matar.
- ANDRÉS Sí, señora... Todos tenemos algún defecto... y yo no iba á ser una excepción.
- GERM. Y, además, ¿saben ustedes lo que hace, de *ocultis*, esta fiera, este Calígula? Pues el otro día me recomendaron para mis limosnas en el pueblo á una pobre mujer que se ha quedado viuda con seis chiquillos, el mayor de ocho años...
- ANDRÉS ¡Ah! Los niños... ¡Una delicia! ¡El encanto de la vida!...
- GERM. Pues bien... Resulta que desde que perdieron á su padre las pobres criaturas, el hipócrita de Andrés les paga la casa y mantiene á toda la familia...
- ANDRÉS (Un poco avergonzado.) Bueno... sí, es posible... Yo se lo explicaré á usted: es que... no puedo con los pobres, aborrezco á los pobres... Y, claro, les doy lo que puedo

para que dejen de ser pobres... No es caridad, no... ¡Y sobre todo, que cada uno hace lo que le...! Y si no tienen ustedes (Dirigiéndose hacia la puerta.) nada más interesante que contar, me vuelvo á mi choza...

ANGELA (Deteniéndole.) Oiga usted... ¿Y me han dicho que alquila usted al Conde ese pabellón todos los años? ¡Eso es muy gracioso!

ANDRÉS Pues no le veo la gracia, señora... ¿No acaba usted de oír que aborrezco á los parásitos? (Sacudiéndose las mangas.) Y... ¿quería usted que empezara por serlo yo?

ANGELA (A Garín.) ¿Pero á usted le parece natural esto? ¡Un hombre en la flor de la juventud!...

GARÍN (Con su habitual calma.) Es posible que nuestro querido Andrés no haya sido así siempre. Yo creo... que debió de adquirir su mal genio, debió de convertirse en el hombre hurraño y regañón que ustedes ven... como yo me convertí en economista.

ANGELA ¿Por amor... este hombre? No. No lo puedo creer.

ANDRÉS ¡Y hace usted bien! ¿El amor? No, señora, no... ¡Prefiero todos los parásitos del jardín... y hasta las fieras del bosque!

GARÍN (Acercándose á Andrés, y en tono confidencial y burlón.) ¿Y... hace mucho tiempo, querido Andrés, que le sucedió á usted... *eso*?

ANDRÉS ¿Qué?

GARÍN *Eso* de que no nos quiere usted hablar...

ANDRÉS No lo entiendo.

GARÍN Sí, hombre... Pregunto que de cuándo data esa aventura tan dolorosa que le ha hecho á usted ser como es.

ANDRÉS ¿Y... en qué se funda usted, si puede saberse...?

GARÍN ¡Pero si no hay nada más claro, hijo mío...! ¡Si no hay nada más evidente! Es mucha coraza esa...

ANDRÉS ¿Cuál?

GARÍN (Señalándole al pecho.) Esa, que tiene usted la precaución de ponerse... Es mucha coraza para que no sepa usted ya lo que son heridas... Le tiene usted demasiado miedo al vino para no haber conocido los efectos de la embriaguez... Es usted demasiado razonable para no haber estado loco.

ANDRÉS (Impaciente.) Bueno, me va usted á permitir que le...

GARÍN (Vivamente.) No le permito nada, y mucho menos que se me enfade porque haya querido ensayar en usted el método de mi maestro, el astrónomo Le Verrier. Aquel sabio descubrió la existencia de una estrella invisible, sólo por el estudio de las perturbaciones que ocasionaba en los demás astros. Y después de adivinarla, le asignó su lugar en el infinito, describió su centelleo, calculó su atracción, y todo esto en la soledad de la biblioteca, en el silencio de las ecuaciones y de los números... Y mucho tiempo después de realizada esta labor, fué cuando, en una clara noche de verano, á través de su telescopio, apareció en las profundidades del espacio la tembladora lucecita de su estrella, que estaba *allí*, donde él había dicho, que acudía á la cita del viejo astrónomo, como diciéndole desde tantos millones de leguas: «¡Soy yo, querido amigo, querido maestro; soy yo, aquí me tienes... No te engañé!»

ANDRÉS (Irónicamente.) Muy bien, sí, señor, muy bonito... ¿Y eso quiere decir?...

GARÍN Eso quiere decir, amigo Andrés, que usted es también un pequeño universo, y que las reacciones que se observan en usted prueban, pero sin duda alguna... que brilla en alguna parte... la estrella que las ha producido.

ANDRÉS ¡Ah! Vamos, ya: el mentir de las estrellas...

ANGELA Es una bonita deducción.

ANDRÉS No lo crea usted. Es una historia completamente absurda... Bueno, y si ustedes se quedan aquí, yo me voy.

ANGELA No, la que le cede el campo soy yo. Está usted hoy... insoportable. Amigo Garín, me lo llevo á usted.

GARÍN Haga usted lo que quiera, señora. A mi edad ya no se resiste. Voy á dejarla en su casa.

(Se despide Angela de todos, y sale con Garín por el foro.)

(Andrés, que se ha quedado pensativo un momento; de pronto se dirige rápidamente al foro. Germana le detiene y le obliga á sentarse en primer término, enfrente de ella.)

GERM. (Compasiva.) Oiga usted, querido Andrés. Le veo á usted cada vez peor... ¡Va usted á acabar muy mal!

ANDRÉS Como todo el mundo. Tengo entendido que todos hemos de acabar lo mismo. ¿No se lo repiten á usted todos los años el Miércoles de Ceniza? «¡Acuérdate de que eres polvo... y de lo mucho que te has aburrido en los últimos bailes de Carnaval!»

GERM. (Riéndose.) ¡Con usted no se puede hablar en serio, ni un minuto!

ANDRÉS Y con usted, en broma, ni medio. Pero siga usted, siga...

GERM. El caso es que sus amigos tenemos la obligación de curarle, si es posible. ¡Y yo creo que... ya tengo el remedio!

ANDRÉS ¡Peor que la enfermedad, como todos los remedios!

GERM. No... Verá usted... La culpa de su mal genio, es del abandono solitario en que vive... Yo creo que debía usted casarse.

ANDRÉS ¿No lo decía yo? ¡Mil veces peor que la enfermedad!

- GERM. Pero hablemos formalmente.
- ANDRÉS Y tan formalmente. Mire usted... Yo no puedo casarme. De veras. En primer lugar que no soy rico, y en estos tiempos la vida del hombre casado es horriblemente cara. Imagínese usted: la mujer, los niños, la... distracción fuera de casa... ¡Hay pocas fortunas que lo resistan!
- GERM. Siento que no quiera usted atenderme. Yo he pensado mucho en usted... con todo el cariño que le tenemos, y de mis reflexiones ha nacido una idea... que, *por tratarse de usted y de nosotros*, me parecía...
- ANDRÉS ¡Alto, Germana...! Alto. No debo consentir que siga usted adelante... Crea usted que de todo corazón agradezco el proyecto que adivino, y... no hace falta que se realice para que yo les quiera á ustedes como hermanos. Pero, sépalo usted, y ahora sí que hablo en serio: yo no me casaré nunca.
- GERM. (Sorprendida por el tono que acaba de emplear Andrés.) ¡Ah! Pero... ¿es que hay alguna razón que yo no sabía, algo de otros tiempos que yo...?
- ANDRÉS (Con tristeza.) Sí, señora, sí...
- GERM. ¿Una historia... de amor?
- ANDRÉS No... un recuerdo.
- GERM. ¿Triste?
- ANDRÉS Sí... Los otros no dejan huella, los otros no son recuerdos.
- GERM. ¿Y cómo es que Santiago y yo lo ignorábamos?
- ANDRÉS Y todo el mundo... Fué antes de que se conocieran ustedes. Hace más de seis años... Y resultó tan ridículo aquello que... no he tenido interés en que lo supiera nadie.
- GERM. Pues yo daría algo por haberla conocido... ¿Sería bonita, eh?
- ANDRÉS ¡Ah! ¡Si no hubiera sido más que eso!... Bonita se dice de toda mujer... No... ¡Era la gracia misma, y un encanto...!

GERM. ¿Y por qué no se casó usted con ella?
 ANDRÉS Porque... afortunadamente, llegó el desengaño á tiempo. Estaba ya fijada la fecha de nuestra boda. Y ella la deseaba tanto como yo, porque, de buena fe, había creído que me quería... ¡había creído que era amor... la vanidad, el orgullo de sentirse amada! Pero llegó un día en que se dió cuenta de su error...

GERM. Y le confesó á usted la verdad...

ANDRÉS No, señora, no. Se fué, huyó, mejor dicho, al extranjero, al país de su madre, enviándome un telegrama que decía: «Matrimonio imposible. Amigos, si usted quiere.»

GERM. Y le contestaría usted...

ANDRÉS ¡Oh! ¡Una carta terrible, una carta sangrienta!

GERM. ¿Y qué dijo ella al recibirla?

ANDRÉS Nada... No la recibió. No la eché al correo.

GERM. (Sonriendo.) ¿Y no ha vuelto usted á saber de ella? ¿No la ha vuelto usted á encontrar?

ANDRÉS No... Se casó en el extranjero... Y no la he vuelto á ver.

GERM. Confiese usted que no ha podido olvidarla.

ANDRÉS ¡Hay cosas que no se olvidan nunca!

GERM. Total, que tenía razón el doctor... tenía razón cuando decía...

ANDRÉS Sí, pero guárdeme usted el secreto. Y no hablemos más de cosas tristes... (Transición: se dirige á la mesa de *bridge* volviendo á su tono ligero y burlón de siempre.) Lo peor es que los caseros no tienen entrañas. ¿Tú lo oyes, Santiago? Aquel pabellón es una cueva. La fuente no tiene agua; los cristales de los balcones no cierran; el reloj está parado hace un siglo... Como las begonias...

GERM. ¿Las begonias?

ANDRÉS Sí, señora, sí... Las begonias que hay de-

bajo de mi ventana. Supongo que tendrán la obligación de crecer... Bueno; pues no crecen. ¡Voy á reñirle al jardinero! (Vase foro.)

GERM. ¡Pobre Andrés! (A los que juegan.) ¿Pero esa partida no se acaba nunca?

LÉVY (En pie y dirigiéndose á ella.) Sí, señora. Están contando los tantos.

GERM. Oiga usted, Lévy... ¿Se quedará usted á comer con nosotros?

LÉVY Muchas gracias. Pero es que tengo... ¿Me permite usted que vaya á mi casa y desde allí le diré si puedo venir?

GERM. Como usted quiera. (Le da la mano y sale foro.)

(Al mismo tiempo, llega, cruzándose con Lévy en la misma puerta, GARÍN.)

GARÍN ¿Todavía siguen esos viciosos?

OVIEDO (Poniéndose en pie.) No, señor, no. (Confidencialmente.) Mi mujer los acaba de dejar limpios.

GARÍN No me sorprende. ¡Cuatro!

OVIEDO ¿Qué?

GARÍN (Dándose cuenta de que ha dicho su pensamiento en voz alta.) No... Nada, nada.

SRA. O. (A Santiago, aparte.) Sí, hombre... ¡Ahora mismo! (A su marido.) Alvaro, es la hora del paseo del pobre Tommy...

OVIEDO Es verdad, voy...

SRA. O. Pero, ya sabes, no lo lledes por el sol...

OVIEDO No. Con permiso de ustedes. (Vase foro.)

(Por la izquierda, TERESA. La Sra. de Oviedo y Santiago se quedan hablando aparte.)

TERESA ¡Germana, un telegrama para ti! (Se lo da.)

GERM. ¿Un telegrama? Con permiso de ustedes... (Lee.) ¡Ay! ¡Qué alegría!

SANT. ¿Qué es?

GERM. ¡Quién lo había de esperar! (A Garín.) ¡Celia, Celia que viene! Llegará en automó-

vil, antes de media hora, porque me telegrafía desde Lisieux... ¡qué suyo es esto de la sorpresa! (A su hermana.) Oye, di que le preparen habitación... El gabinete rosa, del principal... (Teresa váse izquierda.)
(A la Sra. de Oviedo.)

¡Mi mejor amiga! ¡Cuánto me alegro de que venga!

SANT. Oye, pero supongo que no traerá el equipaje en el auto...

GERM. (Releyendo el telegrama.) No, lo mandará por ferrocarril.

SANT. Eso es lo único que siento. ¡Tenemos un jefe de estación!...

SRA. O. Es verdad. ¡Qué antipático! El hombre de los inconvenientes...

SANT. Yo he tenido ya dos ó tres disgustos con él...

SRA. O. ¡Ah! ¡Pues nosotros, doscientos!

SANT. En fin, vamos á ver...

(Vase izquierda.)

GERM. (A la Sra. de Oviedo.) ¡No se puede usted imaginar lo que me alegro! Hace más de un año, lo menos año y medio, que no la he visto.

SRA. O. ¿Y dice usted que es su mejor amiga?

GERM. Hemos sido compañeras de colegio, y á pesar de que ella estaba en la clase de las mayores y yo en la clase de las pequeñas...

GARÍN ¡No faltaba más! ¡Ya lo sabía yo!

GERM. ¿Qué?

GARÍN Nada; que estoy seguro de que ella dirá lo mismo de ti.

GERM. ¿Por qué?

GARÍN Pero, señor, (A la Sra. de Oviedo.) ¿usted ha oído á alguna mujer que, hablando de una compañera de colegio, no diga: «ella estaba en la clase de las mayores y yo en la de las pequeñas?»

GERM. Celia, no. ¿Qué le importa eso? ¡Si ella se burla de los años y de todo! Es la franqueza personificada.

- GARÍN ¿Y de dónde viene ahora?
- GERM. ¿Qué sé yo? Se pasa la vida viajando...
- GARÍN La raza. Es inglesa, por parte de madre.
- SRA. O. ¿Y es casada?
- GERM. No, viuda. Se casó con un primo suyo, del Canadá... Un matrimonio de conveniencia... Su marido, que era muy rico, tenía un gran negocio de pieles. Pero hace dos años se murió, dejando sus asuntos muy embrollados, mucho. Bueno, pues Celia, sin ayuda de nadie, ella solita, supo deshacer todos los líos y recuperar la fortuna de su esposo, que ya se consideraba perdida.
- SRA. O. ¡Vaya una mujer!
- GERM. Se fué á Nueva-York y luchó con los banqueros, que se habían propuesto dejarla en la calle... Tenía un pleito en el Brasil, y aprendió el portugués en dos ó tres semanas para poderse defender ante los tribunales de Río Janeiro. Y todos tuvieron que darle la razón, porque los volvió locos.
- SRA. O. Es decir, que se trata de una mujer excepcional.
- (Garín asiente.)
- GERM. Mire usted: ella sabe decirle á cada persona, con la sonrisa que hace falta..., precisamente aquello que más le puede satisfacer.
- GARÍN Yo gozo mirándola... Es la mujer más completamente mujer que yo he visto; mujer por vocación, mujer...
- SRA. O. ¡Vamos, ya! Una coqueta.
- GERM. (Protestando.) No, señora, no.
- GARÍN (Friamente.) Sí, señora, sí... una coqueta. Pero lo es... sin saberlo, sin maldad, sin premeditación. En otras mujeres, la coquetería es una cosa adquirida, algo artificial... En ella, no; en ella es la sinceridad misma. Y, claro, sería tan necio reprochársela, como asombrarse de que

un león sea fiero ó de que una rosa tenga el color que tiene y huelga bien.

GERM. ¡Si ha sido siempre así!... Cuando las chiquillas de su edad no se preocupaban más que de sus muñecas... ella ya tenía un abanico.

SRA. O. Pero, digan ustedes... Una mujer así, ¿habrá tenido infinitos adoradores?

GERM. Infinitos...

SRA. O. ¡Y una infinidad de aventuras!

GERM. Nunca... Ninguna.

(Entra TERESA por la izquierda.)

SRA. O. (Asombrada.) ¿Pero, cómo? ¡Joven, hermosa, libre!... ¿Y dicen ustedes?...

GARÍN Sí, señora, sí. ¿Olvida usted que las coquetas tienen el corazón sordo, mudo... y ciego? Para que sea irresistible, es preciso que no ceda nunca, que no se deje conmover nunca. Y, recíprocamente, las mujeres que aman de veras... no pueden ser coquetas... No tienen tiempo para serlo.

TERESA (Con un gran suspiro.) ¡Ay! ¡Es verdad!
(Todos se ríen.)

GERM. ¡Calla, monigote! ¿Qué sabes tú?

(ANDRÉS, por el foro.)

ANDRÉS ¡Pero, vamos á ver!... (A la Sra. de Oviedo.) Perdóneme usted, señora. (A Teresa.) ¿Es que no han traído aún los periódicos?

TERESA Sí, yo los he visto, pero se conoce que alguien...

ANDRÉS ¡Como siempre! ¡Todos los días pasa lo mismo! (A la Sra. de Oviedo.) Estoy suscrito á una infinidad de papeles... Bueno, pues todo el mundo los lee, menos yo...

SRA. O. (A Germana, despidiéndose.) Nos tendremos que ir, amiga mía... Ya sabe usted que

mañana nos vamos á pasar ocho días en París.

GERM. (Besándola.) Pues entonces, hasta el jueves... ¡Ah! Me va usted á hacer el favor de recordarle á Oviedo el rosal de cien hojas que me prometió...

SRA. O ¡Con mucho gusto! Si lo tiene ya separado para mandárselo...

GERM. Muchas gracias...

(Todo esto despidiéndose en la puerta del foro. La Sra. de Oviedo se va.)

(SANTIAGO, por la izquierda.)

SANT. (A Germana.) Oye... Una idea: ¿Te parece que salgamos en el auto...—no, en la *charrette*—á recibir á tu amiga?

ANDRÉS ¿A recibir á quién?

GERM. Es verdad, me olvidaba de darle á usted la noticia... ¡Verá usted qué mujer! ¡No hay otra en el mundo! Ahora mismo la tenemos aquí.

ANDRÉS Pero... ¿quién es?

GERM. Mi mejor amiga: Celia Witel... (Andrés se queda sorprendido, lleno de confusión, al oír este nombre.) Oye, Teresa, dile á Pedro que coja todas las flores del jardín. ¡Yo quiero que la casa se llene de flores para recibirla!

TERESA Bien. (Sale foro.)

GERM. ¡Verá usted, querido Andrés!... ¡La mujer de más talento, la mujer...!

ANDRÉS No, no la veré... Desgraciadamente, no la podré ver.

GERM. ¿Por qué?

ANDRÉS Precisamente... venía á decírselo á ustedes... Acabo de recibir un telegrama... y no tengo más remedio que irme en seguida á París... Un negocio importante, muy importante, mucho...

SANT. Oye, oye... ¿Negocios tú? Pero, vamos á ver, ¿qué negocios son esos?

ANDRÉS ¿Qué sé yo?...

- GERM. ¿Cómo?... ¿Que no lo sabe usted?
- ANDRÉS Señor, los negocios... no se sabe nunca... Cuando se dice negocios... se habla de una cosa vaga... En fin, que me voy.
- GERM. No, eso no puede ser. Yo no quiero que usted se vaya.
- ANDRÉS No tengo más remedio. Es preciso.
- SANT. Bueno... ¡Pues no te vas! Como no creo que se trate de una... cuestión de faldas, única que merece siempre...
- ANDRÉS Bien, ya que me obligas... No quería decirlo, pero, en fin... ¡Eso es! Me voy porque me está esperando...
- SANT. ¡No lo creo! ¡Me lo hubieras dicho antes!... No...
- ANDRÉS (Impaciente.) ¡Pero, hijo, por Dios! Cuando yo te digo que tengo necesidad de irme... es porque tengo necesidad de irme... Y nada más.
- GARÍN (Que ha estado observando toda la escena, á Santiago.) ¡No insista usted! Yo sé la razón que obliga al amigo Andrés á dejarnos... Y es una razón muy seria.
(Andrés se queda mirándole sorprendido.)
- GERM. ¡Y yo que hubiera tenido tanto gusto en que la conociese usted! ¡No sabe usted lo que se pierde!
- SANT. Déjalo. ¿Cuándo te quieres marchar?
- ANDRÉS Lo antes posible. En el tren de las siete.
- SANT. Bueno, voy á decir que te preparen el auto.
- GERM. Pues, adiós, amigo Andrés. Pero conste que no se lo perdono.
- ANDRÉS Hasta la vista, Germana.
(Se despide del matrimonio en la puerta del foro, y vuelve á donde está Garín.) ¿Y... por qué ha dicho usted que sabía?...
- GARÍN ¿La razón que le obliga á usted á irse? Porque la sé.
- ANDRÉS ¿Cómo? ¿Que la sabe usted?...
- GARÍN ¡Claro...! ¡Si usted no ha hecho nada por ocultarla!

- ANDRÉS Pero, vamos á ver, ¿qué he dicho yo?
(Muy sorprendido.)
- GARÍN ¡Hombre, por Dios santo! ¿Usted no sabe que cuando no decimos nada es cuando somos verdaderamente sinceros?... Porque cuando se habla...
- ANDRÉS ¿Y qué supone usted?... ¿Puede saberse?
- GARÍN Amigo Andrés... Yo he dicho antes que brillaba en alguna parte... Pero no podía sospechar... que estuviera tan cerca... la estrellita. ¿Qué?... ¿No es eso?
- ANDRÉS (Abrumado.) ¡Sí, señor, sí! Eso es. ¿Puedo contar con que usted me guardará...?
- GARÍN Sí... Pero, sepamos... ¿Pór qué huye usted de esa mujer? ¿Le tiene usted miedo? ¿Es que... la quiere usted?
- ANDRÉS No, señor, no. Sólo que... debí casarme con ella... hace seis años. Nadie lo sabe, pero teniéndola aquí... yo había de estar en una situación violenta, y es preciso evitarla. ¿No le parece á usted?
- GARÍN ¡Ah! Vamos... ya...
- ANDRÉS Por eso me voy. Es lo más sencillo... Lo mejor... Así se arregla todo. (En la puerta de la izquierda.) ¡Pedro, Pedro! (A Garín.) ¿No tengo razón?
- GARÍN Sí, señor, sí.

(PEDRO, por la izquierda.)

- ANDRÉS (A Garín.) ¡Claro, hombre, claro! ¡Ah! Pedro, es preciso que hagamos la maleta en seguida.
- PEDRO El señorito tiene tiempo de sobra.
- ANDRÉS No, no, quiero irme lo antes posible. Dígale usted al *chauffer* que venga por mí al pabellón. ¡Ah! Tome usted, tome usted. (Le da unas monedas.)
- PEDRO Muchas gracias, señorito. ¡Qué lástima que se vaya el señorito tan pronto!
- ANDRÉS (Cogiendo algunos libros que hay encima de la

mesa.) ¡Bah! No se apure usted... Van ustedes á conocer caras nuevas.

PEDRO ¿Esa señora que viene hoy? ¡Pues á fo que no nos dió trabajo la buena señora! ¡Ha sido preciso cambiar los muebles de tres ó cuatro habitaciones!

ANDRÉS ¡Ah! ¿De modo que... no se alegra usted de que venga?

PEDRO No, señor, no. ¡Qué he de alegrarme!

ANDRÉS (Sacando de nuevo el portamonedas.) Tome usted, Pedro. Esto es para que les compre usted juguetes á sus chicos.

PEDRO ¡Señorito!...

ANDRÉS ¡Pronto, la maleta!... No tenemos un minuto que perder!... (Pedro vase izquierda.) (A Garín.) ¡Querido maestro!...

GARÍN (Estrechándole la mano.) ¡Adiós, amigo Andrés! ¿Cuándo volverá usted por aquí?

ANDRÉS (Dirigiéndose al foro.) Nunca.

GARÍN (Con la mayor convicción.) ¡Ah!... ¡Entonces... hasta ahora mismo!

(Garín se queda un momento en la puerta siguiéndole con la vista... luego vuelve moviendo la cabeza con aire de duda, y negando con gesto y ademán que significa: «No... Ese no se va.»)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

Al levantarse el telón, MIGUEL está colocando plantas y flores en las jardineras que adornan las paredes. Entra, por la derecha, GARÍN, con un periódico en la mano, y se sienta á leer.

MIGUEL Buenos días, señorito...

GARÍN ¡Hombre, Miguel... Le felicito á usted. ¡Ese jardín está hermoso como nunca este año!

MIGUEL El señor que lo mira con buenos ojos... No le parece lo mismo al señorito Andrés... (Señalando al foro.) mire usted, que no pasa día que no me tenga que reñir por algo... Hoy ha sido por las begonias, que no crecen tan de prisa como al señorito se le antoja... ¡Y qué genio de hombre!... No, crea usted que no me dió mucho sentimiento saber que se iba... ¡Vaya bendito de Dios! (Distribuyendo flores en las jardineras durante toda la escena.)

GARÍN (Con maliciosa sonrisa.) ¡Ah!... Pero... ¿usted cree que se va?

MIGUEL Sí, señor... (Con satisfecha convicción.) Si lo he visto yo ahora mismo, que salía en el automóvil!... Y llevaba su equipaje... ¡Vaya!... Gracias á Dios...

GARÍN Bueno... pues... No se haga usted ilusiones, Miguel...: á mí me da el corazón que no se va.

(ANDRÉS, bruscamente, por el foro. Garín lo ve llegar. El jardinero está de espaldas.)

ANDRÉS ¡Yo, sí, señor, yo! ¿Ha visto usted que gracia?

(Miguel se queda con la boca abierta, contemplándole, recoge sus bártulos y sale foro, sin dejar de volver la cabeza y tropezando con la puerta.)

GARÍN ¿Qué sucede?

ANDRÉS (Exaltándose por grados.) Nada... ¡El *auto!* ¡Ese maldito *auto!* No ha habido medio de hacerlo marchar... ¡Y hace una hora que nos tiene en ridículo! ¡He limpiado las bujías! ¡He registrado el magneto! ¡He insultado al *chauffer!* ¡Todo inútil!

GARÍN (Con mucha calma.) ¡Parece mentira! ¿Y no sabe usted cuál será la causa?...

ANDRÉS El mecánico dice que debe de pasar algo en el carburador. Pero, ¿qué pasa, digo yo? ¿qué pasa? ¿qué es lo que puede pasar?

GARÍN ¡El destino... tal vez!

ANDRÉS ¡Sí, hombre, ríase usted de mí, encima! Ya ve usted... ¡qué situación!

GARÍN Ya... ya lo veo.

ANDRÉS El tren de las siete, ya lo he perdido. ¿Qué voy á hacer? ¿Irme á pie, verdad? Ya lo pensé. Pero va á parecer que huyo. Y ¡eso no! Eso, no me conviene.

GARÍN (Irónico.) Total, que se queda usted con nosotros, ¿eh?

ANDRÉS (Rechazando la intención del viejo.) ¡No, señor, no! Un retraso de media hora, y nada más. Me voy en el tren de las siete cuarenta y cinco.

GARÍN Y... entre tanto... Veremos qué tal cara trae la hermosa viajera, ¿no?

ANDRÉS ¿Que quiere usted que haga? ¡No me voy á esconder! Además... ¿á mi qué me importa? Ya sabe usted que si me iba... (Vivamente.) digo, si me voy, no es por mí, es... por delicadeza...

GARÍN (Exagerando la nota de credulidad.) ¡Ah! ¡Desde luego!... ¡Eso, desde luego!

- (TERESA, llega corriendo por la derecha.)
 TERESA ¡Ya están ahí! ¡Ya vienen! (Sale foro.)
 ANDRÉS (Con sobresalto.) ¿Ya?
 (Se oye la bocina de un automóvil.)
 ¡Malditos automóviles!
 GARÍN La verdad es que son unas máquinas muy peligrosas... mucho.
 ANDRÉS Unos llegan demasiado pronto... Y otros salen demasiado tarde... ó no salen.
 GARÍN (Hipócritamente.) Sí, señor, sí... ¡Es una pena!

- (Aparece SANTIAGO, por el foro. Llamando.)
 SANT. ¡Pedro! ¡Pedro!
 (Sale PEDRO, por la izquierda y vase foro.)
 Vaya usted á ayudar á las señoras...
 (Entra Santiago, seguido de GERMANA.) Hombre, ¿tú aquí?
 ANDRÉS Sí...; una *panne*... ¡Una gracia de tu máquina!
 GERM. ¡Cuánto me alegro! ¿Ya no se va usted?
 ANDRÉS Sí, señor, sí. En el otro...
 (Germana, con una mueca desdeñosa, le vuelve la espalda y sale foro, con Garín, á recibir á Celia.)
 ¿Quieres decir que me preparen la *charrete* para las siete?
 SANT. ¡Pero, hijo, si acaba de llegar el caballo! Déjalo para mañana...
 ANDRÉS No puede ser.
 SANT. ¡Qué terco eres! Voy, voy en seguida.
 (Vase foro.)

- (Vienen hablando foro, CELIA, GARÍN, TERESA y GERMANA. Andrés, al verlas llegar, retrocede hasta la pared.)
 CELIA (A Garín, al entrar, y como siguiendo la conversación.) Sí, señor; al pasar por Evreux me acordé de que allí tuvo usted su cátedra muchos años...

- GARÍN Sí... ¡Qué memoria!
- CELIA Y, al cruzar la ciudad, he elegido el sitio en que se levantará su estatua. Es una gloria que hemos de ver...
- GARÍN ¡Qué cosa más triste! No... Prefiero que me vea usted siempre como ahora, en el suelo, como todo el mundo... (Señalando á lo alto.) En el bronce, ya no tendría yo la gloria de verla á usted.
- TERESA (Tomando el saquito que trae Celia.) Pero, deme usted... Voy á llevarlo á su habitación. (Vase izquierda.)
- CELIA (Mirando á Teresa.) ¡Qué guapa está, y qué alta! Ahora es cuando se parece á ti.
- GERM. ¡La ingrata! Un año entero sin vernos... ¡Qué alegría tenerte, por fin, en mi casa!
- CELIA ¡Y es como tú! ¡Tan bonita, tan alegre, tan luminosa! ¡Es... tu cara! ¡Es...!
- (Al mirar á su alrededor ve á Andrés, y se queda muy parada, sin terminar la frase.)
- GERM. (Corrigiendo su olvido.) ¡Ay! Es verdad... ¡Venga usted aquí, mala persona!... Celia, te presento á nuestro querido amigo Andrés...
- ANDRÉS (Lleno de confusión, interrumpe bruscamente, dando la mano á Celia.) Señora, yo... celebro mucho conocer á usted.
- CELIA (Dominándose, ya serena, risueña.) Yo también celebro... mucho... Pero... Iba á decírselo á Germana... El señor no es un desconocido para mí... Recuerdo...
- GARÍN ¿Ha pensado usted en él, por casualidad, al pasar por Lisieux?
- CELIA No, no, señor. Pero he oído hablar muchas veces de su amigo de ustedes á... una amiga mía que... le conoció cuando era soltera, hace ya mucho tiempo, y se casó después.
- GERM. ¿Y qué te ha dicho de él? Perrerías.
- CELIA (Vivamente.) No, todo lo contrario. (A Andrés.) Conserva de usted un recuerdo muy afectuoso... Afectuosísimo.

- ANDRÉS ¡Yo, no... señora...! Yo no me acuerdo de ella ni poco, ni mucho.
- GERM. ¿Y quién es... quién es?
- CELIA ¡Ah! No la conoces tú... Una inglesa.

(SANTIAGO, por la izquierda.)

- SANT. (A Andrés.) Bueno, ya tienes encargada la *charrette*. Antes de media hora la tendrás ahí.
- CELIA ¿Cómo? Pero... ¿es que... se va usted?
- GERM. Sí, hija, sí. Tiene el valor de irse, cuando sabe que nos da un disgusto.
- CELIA ¿En el momento en que yo llego? ¡Eso no está bien! ¡Eso es muy poco galante!
- ANDRÉS Perdóneme usted, señora... Yo no soy galante.
- GERM. Y, sin embargo, te advierto que el señorito se va á París por una mujer...
- CELIA ¡Ah! Entonces...
- ANDRÉS (Vivamente.) No lo crea usted. No hay nada de eso.
- GARÍN (Aparte.) ¡Ay!
- SANT. ¿Cómo? ¿Pues no lo has confesado tú mismo antes?
- ANDRÉS Bueno... sí... Pero es una mujer cualquiera... Ni bonita... ni joven... En fin, *una*, que no me importa nada.
- SANT. (Riendo.) Oye... oye... A ver lo que haces... Pero, ¿es que te vas á casar?
- ANDRÉS No, tranquilízate. ¡Eso, nunca!
- CELIA (A Santiago.) Según parece, su amigo de usted le tiene guerra declarada al matrimonio... ¡Un odio á muerte!
- ANDRÉS No, señora...
- CELIA (Mirándole fijamente.) ¿A una mujer, tal vez?
- ANDRÉS (Con desdén.) Tampoco... El odio, *en ese caso*, es un resto de amor... La huella que suele dejar... Y yo no amo á nadie, señora. Además, hagan lo que quieran, las mujeres siempre tienen razón, porque siempre tienen una disculpa: la de ser

mujeres. Si alguna vez tuve motivos para quejarme de una mujer, apenas si me acuerdo ya, y la perdono... La perdóné hace mucho tiempo.

-
- (PEDRO, por el foro.)
- PEDRO Señor conde, han vuelto ya de la estación, pero no traen las maletas de la señorita.
- CELIA ¡Es verdad!... ¡Se me olvidó advertírselo á ustedes! (A Pedro.) Muchas gracias... (Pedro vase izquierda.) No, mi equipaje no llegará hasta las siete y media. Por ahora me tendrán ustedes que soportar así, despeinada, y con este vestido y esta facha que dará miedo... Pero como, gracias á Dios, yo no soy coqueta y ustedes... (Garín, tose.) ¿Qué le pasa á usted, querido maestro?
- GARÍN Nada, que toso... que tengo tos.
- SANT. Entonces, mañana por la mañana enviaremos...
- CELIA No, no se moleste usted. El jefe de estación se ha encargado de todo, con una amabilidad...
- GERM. (Asombrada.) ¿El jefe de estación?
- SANT. ¿El de aquí?... ¡Pero si es el hombre más grosero que hay en el mundo!...
- CELIA Pues conmigo no ha podido portarse mejor... Atentísimo. Me obligó á descansar un rato en su casa, y me presentó á sus hijas, que son muy graciosas, y á su mujer, que también habrá tenido unos veinte...
- GARÍN ¡Nada, que ha conquistado á toda la familia!
- CELIA Y, no crea usted, siempre me sucede lo mismo. Estoy continuamente oyendo hablar de personas egoístas y de mal genio, de personas que no tienen educación... pero yo no encuentro ninguna.

- GARÍN Pues, mire usted... ¡las hay, las hay!
- CELIA Pero también hay hombres muy serviciales y complacientes. Mire usted, hace dos meses necesitaba yo ir de Palermo á Nápoles. Llego al despacho, y no quedaba ni un solo pasaje. El barco estaba lleno. Me fuí á ver al capitán, hablé con él, y á los cinco minutos tenía yo el mejor camarote de primera, un camarote que estaba encargado desde hacía un mes por una familia irlandesa, los Smitson. ¿No es atención? ¿no es amabilidad?
- SANT. Para usted, claro. Pero, en cambio, para la familia irlandesa...
- ANDRÉS A la pobre Irlanda le toca el papel de víctima en todas las épocas de la historia.
- GERM. ¿Se pondrían furiosos los Smitson?
- CELIA Al principio, sí; pero me fuí á ver al señor Smitson, padre, hablé con él, y á los cinco minutos éramos tan buenos amigos que me cedió por el precio de coste una soberbia madona del Renacimiento que pensaba ofrecerle al Papa. ¿No es amabilidad?
- GARÍN Para usted, sin duda; pero, en cambio, para el Papa...
- CELIA ¿El Papa?... ¡Es un santo! El mismo día en que llegué á Roma solicité una audiencia de Su Santidad... Y á los cinco minutos de hablar con él...
- GARÍN ¡Le dió á usted una carta de recomendación para San Pedro!
- CELIA No, señor. Muchas indulgencias, un retrato con autógrafo, su bendición... Y al despedirme, bondadosamente, con una sonrisa que no se olvida nunca, me dijo: «Reza por mí, hija mía; reza por mí... que el Señor hace mucho caso de sus ángeles.»
- ANDRÉS (Aparte, levantando los brazos.) ¡Hasta el Papa!
- GERM. ¡No has cambiado, no! Siempre la misma, hechicera, maga... irresistible.
- GARÍN ¿Y ha estado usted mucho tiempo en Italia?

CELIA Casi desde que murió mi marido... Ah! Es un país incomparable... (Con entusiasmo.) ¡Aquellas ciudades blancas, de color de rosa cuando se pone el sol, que parecen reclinadas ó tendidas en la falda de los montes con abandono de mujer enamorada...

GARÍN ¡Son mujeres!

CELIA ¿Verdad que sí?

GARÍN ¿No la ha observado usted? Florencia es rubia, Nápoles morena, Rávena tiene los ojos de color violeta, Venecia los tiene azules...

CELIA ¡Que bien las conoce usted! Claro, usted sí que habrá estado mucho tiempo en Italia...

GARÍN Nunca.

CELIA (Después de mirarle sorprendida.) ¿Y usted, amigo Andrés?

ANDRÉS Yo, tampoco. Y además, no pienso ir en mi vida.

SANT. Hombre, ¿por qué?

ANDRÉS Porque á mí me gustan las ciudades que son...

CELIA ¿Que son qué?

ANDRÉS Eso, ciudades, ciudades ordinarias, que no son blancas ni de color de rosa, sino de todos colores; que no se reclinan ni se tienden con abandono, sino que están de pie... En fin, me gustan las ciudades que no son coquetas.

SANT. Eres un bárbaro, hijo mío, eres un bárbaro.

CELIA Eso no. ¿Por qué? Cada uno tiene sus opiniones y sus gustos. (Aparte á Santiago.) Su amigo de usted es un hombre sincero, un hombre muy simpático.

GERM. (Aparte á Andrés.) ¿Qué le parece á usted Celia?

ANDRÉS ¿A mí? ¡Odiosa!

GERM. ¡Salvaje! ¡Me alegro mucho de que se vaya usted!

- (PEDRO, por la izquierda.)
- PEDRO (A Germana.) El señor Conde de Lévy que vendrá, y que agradece mucho á la señora...
- GERM. Bien. (Pedro va á retirarse.) Espere usted. (A Celia.) Tú me perdonarás un segundo... Tengo mil cosas que hacer aún. (A Pedro, dirigiéndose á la izquierda.) Que pongan ocho cubiertos. Y que saquen del armario grande... (Salen izquierda Germana y Pedro.)
- SANT. Voy á ver si te tienen dispuesto el carruaje. (Vase foro.)
- GARÍN (Aparte) ¿Dispersión general?... Aquí sobra uno. (A Celia.) Con su permiso, amiga mía, voy á ver si termino, antes de comer, un informe urgentísimo que me piden hoy de la Academia... ¿Y, bienvenida, eh? (Se despiden.) Hasta luego. (Vase derecha.)
- CELIA (A Andrés.) ¡Es un hombre admirable!
- ANDRÉS Sí.
- CELIA ¡Y tan modesto! No parece un sabio... precisamente porque lo es.
- ANDRÉS Sí.
- CELIA Y Germana y Santiago, ¡qué buenos son! ¡Tan cariñosos! ¡Tan atentos! (Andrés dice que sí con un movimiento de cabeza y se queda mirándola fijamente.) Un matrimonio feliz... Veo que le tratan á usted con verdadera intimidad.
- ANDRÉS Sí, señora.
- CELIA ¿Los conoce usted mucho tiempo?
- ANDRÉS Sí.
- CELIA ¿Le molesto á usted con tanta pregunta?
- ANDRÉS No.
- (Pausa breve.)
- CELIA (Decidida.) Andrés... ¿Por qué no me quiso usted contestar?
- ANDRÉS ¿A qué?
- CELIA A mi telegrama—¿no se acuerda usted?—aquel telegrama... «Decididamente, matrimonio imposible. Amigos, si usted

- quiere.» ¡Hace seis años! Dígame usted: ¿por qué no me contestó?
- ANDRÉS No sé... No he tenido un minuto desde hace seis años.
- CELIA Entonces contésteme usted ahora.
- ANDRÉS Es demasiado tarde.
- CELIA ¿Me guarda usted rencor?
- ANDRÉS No.
- CELIA Ha dicho usted antes que me perdonó hace mucho tiempo...
- ANDRÉS Sí, se dice siempre. Eso del perdón es una cosa muy bonita... y muy falsa, como casi todas las cosas bonitas.
- CELIA ¿No quiere usted aceptar mi amistad?
- ANDRÉS «Decididamente... amistad imposible.»
- CELIA Pero... ¿tanto ha sufrido usted por mi culpa? ¿Tanto le he hecho á usted sufrir?
- ANDRÉS ¡No tanto como todo eso!
- CELIA Ah!
- ANDRÉS En realidad, yo no la quise nunca tanto como usted creía.
- CELIA Me es'oy acordando de la mañana en que le envié á usted aquel adiós...
- ANDRÉS Yo no me acuerdo.
- CELIA Era un lunes...
- ANDRÉS No, era martes.
- CELIA Es verdad, sí... martes.
- ANDRÉS (Amargamente.) ¡Una mañana espléndida! ¡Sin una nube!... ¡Con un sol!... Los días en que nos sucede alguna desgracia casi siempre son espléndidos... ¡Y es que la naturaleza gasta unas bromas!
- CELIA ¿Qué hizo usted cuando recibió mi telegrama?
- ANDRÉS (Como recordando.) ¿Qué hice?... Ah! sí: la maleta.
- CELIA ¿Y se fué usted?...
- ANDRÉS A almorzar.
- CELIA ¿A dónde?
- ANDRÉS No recuerdo... Ah! Al Café Inglés! Por cierto que Alfredo, el mozo que me servía siempre, me dijo en cuanto me vió

llegar: «Se conoce que el señorito está muy contento hoy. ¡Trae una cara de hombre satisfecho!» Le dí todo lo que llevaba suelto de propina. (Pausa breve.)

CELIA Hablemos con franqueza, con sinceridad; ¿quiere usted, Andrés?

ANDRÉS ¿Usted... y yo?... Hablemos.

CELIA ¿Y no se le ha ocurrido á usted nunca preguntarse por qué le abandoné, por qué me decidí á emprender aquel viaje?

ANDRÉS Era una cosa tan sencilla...

CELIA No tanto.

ANDRÉS Sí. Que llegó un momento en que se dió usted cuenta de que se había equivocado, se convenció de que no me quería, y como le mortificaba tenérmelo que decir...

CELIA No, Andrés. No fué por eso... ¿No quiere usted saberlo? ¿No me pregunta usted por qué...?

ANDRÉS No. Le confieso á usted que ya no me importa. Hoy... (Pausa.) ¿Por qué se fué usted?

CELIA Por una tontería.

ANDRÉS Sepamos.

CELIA ¿Para qué? Puesto que dice usted que no le importa...

ANDRÉS Claro que no... Pero de todos modos...

CELIA Pues bien: yo me separé de usted porque me convencí de que iba á quererle... como no se debe querer á ningún hombre.

ANDRÉS Pero... ¿de quién estamos hablando?

CELIA De mí.

ANDRÉS (Perdiendo la paciencia.) ¡Bueno... bien! ¡Mire usted, Celia... es mucha pretensión! Ya se ha burlado usted de mí una vez, á sus anchas, se burló usted de mí sin piedad. Pero, francamente, ahora iba usted á perder el tiempo. No me ciega el cariño, como entonces.

CELIA Ya lo sé. Pero hablamos de historia an-

tigua... Recuerdos, tristezas... que pasaron... que ya no nos preocupan, que ya no nos pueden hacer sufrir... Y nada más. Hoy todo nos separa. Y por eso mismo podemos ser verdaderamente sinceros. Pero yo no me burlo de usted, Andrés, ni me burlé nunca.

ANDRÉS ¿Y quiere usted hacerme creer que huyó de mí... porque me quería? Es absurdo; es...

CELIA No le digo á usted que no sea absurdo, le digo que es verdad, y voy á probar-selo. Mire usted, lo que me decidió fué la última velada que pasamos juntos... Estábamos en el salón de mi madre. Hacía mucho calor, y yo tenía en la mano mi abanico Luis XV, un abanico de concha que llevaba siempre. Hablábamos del porvenir, y usted decidía, trazaba planes, con autoritaria firmeza, sin preocuparse de mi opinión... De repente, me pidió usted que dejase el abanico...

ANDRÉS Me estaba ocultando su cara...

CELIA Y como yo no le obedeciera al instante, usted me lo quitó, con la sonrisa en los labios, pero violentamente, y lo tiró sobre el velador.

ANDRÉS Sí, me acuerdo...

CELIA Era tarde, y nos separamos. Después de irse usted, al recoger el abanico, ví que una de las varillas... estaba rota. ¡Y no puede usted imaginarse las cosas que me hizo pensar aquel pedacito de concha roto! ¡Me sentí en aquel momento tan humillada... tan esclavizada!... Me vi ya en su poder, tan débil, tan indefensa... Comprendí que si me casaba con usted había de sacrificar la independenciam orgullosa de mi vida... Y esta idea me asustó, y me dije: «¡No quiero!» Era preciso elegir entre la libertad y el amor...

y elegí la libertad. Ahora, ya sabe usted por qué me fui.

ANDRÉS Y, sin embargo, se casó usted con otro.

CELIA Sí, con otro á quien yo no quería... Había muerto mi madre... Pero, en fin, no hablemos de cosas tristes, y perdóneme usted que se las haya hecho recordar...

ANDRÉS No, Celia... ¡Si he de agradecer con toda el alma su sinceridad... Yo temía no haber sido nada para usted... Ahora ya puedo acordarme del pasado sin humillación. Gracias. Acaba usted de cambiar un recuerdo muy amargo en un recuerdo...

CELIA (Interrumpiéndole vivamente.) Y luego que... créame usted, Andrés, vale más que las cosas hayan pasado así... (Observando el efecto de sus palabras.) ¡Somos dos caracteres tan opuestos! Yo estoy segura de que no hubiéramos sido felices...

ANDRÉS (Sonriendo.) ¡Ah! ¡Eso desde luego!

CELIA ¿Verdad? (Los dos se convencen de que no sienten lo que dicen.)

ANDRÉS Mientras que así... ya no nos queremos... ¡Y es una suerte! Porque, si yo la quisiera á usted aún, claro, no se me ocurriría decirle más que cosas desagradables.

CELIA Y yo no tendría más remedio que contestar...

ANDRÉS ¡Cuánto mejor no es esto! Aquí estamos, ahora, tan tranquilos, hablando con la mayor indiferencia de cosas que fueron... pasión, amargura, tormento... Se olvidó la pena de ayer... Se perdonó el daño...

CELIA (Riéndose de lo mal que los dos representan la comedia del olvido.) ¡Pasó la tempestad!

ANDRÉS ¡Salió el arco iris!

CELIA Y yo... le vuelvo á enviar á usted aquel mensaje de paz: «Amigos, si usted quiere.»

ANDRÉS Y yo corro al telégrafo y contesto: «¡Sí! ¡Quiero!»

CELIA ¡Y ahí tiene usted un telegrama que ha

necesitado seis años para llegar á su destino! Deme usted la mano, Andrés.

ANDRÉS (Estrechándole la mano, y dispuesto á besarla.)
¡Celia... yo...!

(SANTIAGO, por el foro.)

SANT. Oye, viajero: ¿tú sabes que son las siete?

ANDRÉS ¿Ya?... Bueno, bien.

SANT. ¿Cómo que bien? Pero si te queda el tiempo preciso.

CELIA ¿A qué hora sale el tren?

ANDRÉS A las ocho... á las ocho y pico.

SANT. ¡Calla, hombre! A las siete cuarenta y cinco!... Y no quiero que me vayas á reventar el caballo...

ANDRÉS Bueno... Te advierto que si te molesta... lo podemos dejar para mañana, eso es... para mañana á primera hora.

SANT. ¡Cá, hombre, no! Ahora ya lo tienes todo dispuesto, ahora te largas...

ANDRÉS Está bien, me voy... Pero tampoco merece la pena de que te pongas así...

SANT. (Echándose á reir.) ¿Yo? ¡Eres muy notable!

ANDRÉS (Mirando al jardín.) Oye... ¿no te parece que va á llover?

SANT. ¡Hombre, por Dios! Pero si no hay una nube.

ANDRÉS Ah! De modo que no hay... (Aparte.) ¡No hay medio de quedarse! (Alto, á Celia.) Señora... yo... (Tendiéndole la mano.)

CELIA ¡Que lástima! Yo hubiera tenido mucho gusto en verle á usted aquí los tres ó cuatro días que voy á pasar con Germana... Y crea usted que siento... de veras...

ANDRÉS Yo también lo siento, créame usted. Ahora ya... lo que es ahora...

SANT. (Desde la puerta foro, impaciente.) Pero, hijo de mi alma, que el tren no espera á nadie...

ANDRÉS (Aparte.) ¡Malditos sean los trenes!... Adiós, Celia... (Le tiene cogida la mano.)

CELIA Adiós, Andrés.

ANDRÉS (Sin soltarle la mano y sin prisa.) Hasta... muy pronto.

SANT. Pero, ¿vienes ó qué?

ANDRÉS Sí, hombre, sí... (Santiago ha salido ya.) Voy... ¡Pero qué pesado te pones, querido! (Fuera ya de la puerta foro.) ¡Y luego dices que tengo yo mal genio!

CELIA (Se queda un momento siguiéndole con la mirada.) ¡Pobre muchacho!

(TERESA, por la izquierda.)

TERESA Se conoce que Andrés no se va muy contento. Aunque la verdad es que yo no lo he visto nunca de buen humor...

CELIA No te sucede á ti eso, ¿verdad?

TERESA ¿Que no? Pues, mire usted, ahora mismo estaba pensando en suicidarme... ¡ó por lo menos en renunciar á dirigir el cotillón del sábado en el casino!

CELIA Eso último ya me parece más grave. (Confidencialmente.) Oye, oye, vamos á ver: ¿cómo se llama?

TERESA ¡Gracias á Dios! ¡Usted sí que es una mujer de talento que lo comprende todo en seguida!... ¡Cuánto me alegro de que haya usted venido! Porque usted me puede aconsejar, me puede ayudar... ¡No sabe usted la falta que me hace!

CELIA ¿Sí?

TERESA Mucha. No le digo á usted que soy muy desgraciada... porque es una cursilería. Pero lo soy.

CELIA ¿De veras?

TERESA Voy á confiarle á usted mi secreto...— Bueno, todo el mundo lo sabe, pero es un secreto, á pesar de todo.—Mire usted, hay, en un castillo, muy cerca de aquí...

CELIA ¡Un príncipe encantado!

TERESA No, barón, barón nada más. Y no está encantado, no, señora... ¡pero lo que es en *Babia*, sí que está!

- CELIA Vaya por Dios.
- TERESA Le advierto á usted que á Germana le parece muy mal ese muchacho.
- CELIA Pero á ti...
- TERESA (Furiosa.) ¡A mí...! peor. Porque yo estoy segura de que me quiere... ¿sabe usted? Pero el caso... el caso es que... no me lo ha dicho todavía.
- CELIA ¿Será posible?
- TERESA ¡Y no contento con eso, hoy ha tenido la poca vergüenza de decirme que se va á América! ¿Le parece á usted? ¿Cómo le voy á consentir que se vaya tan lejos... sin haber pedido mi mano? ¿Qué dirían mis amigas? ¿Cómo se reirían de mí! ¡No! Yo sé que usted hace de todo el mundo lo que le da la gana... ¡Y es preciso que usted le vea, que hable usted con él... y que se arreglen las cosas! Porque si no, yo me muero de pena... ó de rabia, pero yo me muero.
- CELIA ¡Vaya una misión! ¡Y yo que había venido aquí á descansar!
- TERESA Luego descansará usted. Ahora es preciso que yo le explique... ¡Ay! Germana y Santiago. Vámonos, venga usted por aquí. (Se van por la derecha.)

(Por el foro, GERMANA y SANTIAGO, que vienen hablando.)

- GERM. Oye, será preciso inventar diversiones y fiestas para hacerle agradable á Celia su estancia aquí. Cuando yo estuve en su casa, no puedes imaginarte cómo se portaron conmigo.
- SANT. Sí... Procuraremos distraerla... No faltarán partidas de campo, excursiones en automóvil...
- GERM. ¡Eso, eso!... Muy bien... Y así participaré yo de algo. Porque, no me quejo, ¿eh?, pero la verdad es que tú sales todas las

SANT. tardes en el auto y no me llevas nunca. Pero, mujer, ¿cuántas veces he de decirlo? Yo salgo porque necesito probar la máquina, ver si marcha con regularidad. Pues á fe que es una cosa divertida! Ayer mismo, nos quedamos plantados ahí, en el camino viejo, toda la tarde, por culpa del carburador. ¡Excuso decirte si vienes tú! ¡Pues te luces!

(PEDRO, por el foro.)

SANT. ¿Qué hay, Pedro?

PEDRO Un guarda que desea ver á los señores. Dice que trae para la señora condesa...

GERM. ¿Un guarda de los nuestros? Que pase.

PEDRO No, señora, no es de casa, es de por ahí...

(Vase.)

SANT. (Aparte.) ¡Ay!

(Entra EL GUARDA, sin atreverse á levantar los ojos del suelo.)

GUARDA Con permiso de los señores... Santas y buenas tardes...

GERM. Buenas tardes... Pase usted, pase usted. (Santiago no dice nada, porque se queda perplejo, vivamente alarmado, al reconocer al guarda.)

GUARDA El señor conde ya s'acordará de mí... Soy... (1)

SANT. Sí, señor, sí... Ya me acuerdo. Venga usted, venga usted á mi despacho... y tomará un vaso de vino.

(Dirigiéndose hacia la izquierda.)

GUARDA No merece la pena de *qu'el* señor se moleste. Si casi vengo *na* más por la señora...

GERM. ¿Por mí? Diga usted, diga usted...

GUARDA Yo soy el guarda que tuyo ayer tarde el... digo... la... vamos, el disgusto de

(1) Al talento del actor queda encomendado el carácter y forma de lenguaje del tipo que se pretende representar.

tener que denunciar al señor conde, cuando se metió el automóvil por aquellos *sembraos*, y destrozó aquellas viñas...

SANT. Sí, sí... Venga usted, venga usted...

GERM. (A Santiago, interrumpiéndole.) Pero ayer tarde... ¿no me acabas tú de decir que ayer tarde...?

SANT. ¡Si te lo iba á contar ahora mismo...! (Al guarda.) Bueno, venga usted y le darán un vaso de vino... Porque con este calor...

GUARDA No, señor, no. Muchas gracias.

GERM. (Indignada.) Mira... deja en paz al hombre, ¿quieres? Y... sobre todo, deja que hable, haz el favor.

GUARDA Lo primero... yo le pido perdón á la señora condesa por el susto...

GERM. ¿Qué susto?

GUARDA ¡Toma! El que le dí á la señora, cuando... no tuve más remedio que apuntar con la carabina... *pa* que hicieran el favor de pararse. Y la señora se escondía detrás del señor (Acción de abrazarse á él.) gritando: «¡Qué bruto! ¡Pára, que nos va á matar!»

SANT. (Aparte) ¡Ave María purísima!

GERM. (Mirando á Santiago.) ¿Conque... «pára, que nos va á matar», ¿eh?

SANT. (Aparte.) A este tío sí que lo mato yo...

GUARDA La señora iba muy tapada y envuelta en esos velos que llevan... Pero yo, al ver ahí en el jardín el automóvil, he dicho: este es el de ayer... Y á la señorita la he conocido en seguida... porque,—no es porque yo lo diga—pero... ¡tengo yo un!...

GERM. (Vivamente.) ¡Es verdad... ¡Sí que tiene usted un ojo! (Pausa.)

GUARDA Bueno, pues yo venía porque después que los señores se fueron... encontré en el camino... (Buscando en un bolsillo.) esto... que á la señora se le debió caer... Y vengo á traérselo.

GERM. ¡Una cajita de polvos! (La toma.) Sí... Cla-

ro... (A Santiago.) No es tuya, supongo... Luego es mía. (Al Guarda.) Muchas gracias, amigo mío. ¡No sabe usted lo que se lo agradezco!

GUARDA Ya me figuraba yo que la señora se iba á poner muy contenta. Esta mañana se lo decía yo á la mujer... Digo, dije...: «Ya verás qué alegría tendrá la señora condesa cuando me vea llegar con esto.»

GERM. Sí, señor, sí. ¡No lo sabe usted bien! Una alegría loca. Con esto y sin esto, en cuanto le ví llegar, y habló usted... un alegrón. (A Santiago.) Dale al hombre todo lo que lleves suelto.

SANT. ¿Qué?

GUARDA No, señora, no. De ninguna manera...

GERM. ¡No faltaba más! Se lo doy á usted yo. (A Santiago, severamente.) ¡Vamos, hombre!

GUARDA Eso es otra cosa. Si la señora se empeña. Y siendo la señora...

(Germana le da unas monedas que Santiago, á regañadientes, le entrega.)

Muchas gracias, señoritos, ya saben dónde me tienen, y saben que mandan y que disponen... Y que yo siento lo de ayer tarde...

SANT. (Aparte.) ¡El que lo va á sentir...

GUARDA Y queden los señores con Dios, y mucha salud que haya... y muchos hijos...

SANT. (Empujándole hacia la puerta.) Sí... Vaya usted... ¡Vaya usted... (Amenazándole con el puño cerrado.) con Dios! (Vase el Guarda, foro.)

GERM. (Fuera de sí.) ¡Es decir, que me engañas!

SANT. Pero, hija, parece mentira...

GERM. (Cada vez más furiosa.) ¿Quién es esa mujer?

SANT. Pero, Germana, por Dios. ¡Esto no tiene sentido común! Pero ¿es que le vas á hacer caso al primero que llegue? Ese hombre no sabe lo que se dice... Si estaba borracho... Si, ¿no has visto como nó ha querido tomar un vaso de vino?

GERM. ¿Quién es esa mujer?

- SANT. (Sin saber qué decir.) Pero... hija de mi alma, óyeme... Tú comprenderás...
- GERM. ¿No me lo quieres decir? No importa. Tengo esta caja... Yo averiguaré de quién es. Y cuando lo sepa...

(PEDRO, foro, anuncia:)

- PEDRO El señor Oviedo.
- OVIEDO Un momento nada más. (Da la mano á Germa y á Santiago.) He querido traerle yo mismo el rosal de cien hojas que le prometí. Y me voy á escape, porque me dejo al perro por ahí fuera haciendo diabluras. (Le da la ramita que trae en la mano á Germana.)
- GERM. Muchas gracias, Oviedo.
- OVIEDO Oiga usted... si llevan hijuelos, como este, conviene cortarlos al ras de la cepa. Y el mejor abono, ya se sabe, el agua de jabón, porque como el jabón... (Fijándose en la cajita de polvos que está encima de un mueble delante de Germana.) ¡Ay! ¿Me permite usted? (La coge.) Sí... ¡Es la cajita de polvos de mi mujer!
- GERM. (Mirando á Santiago.) ¡Ah! ¿De modo que?...
- SANT. (Aparte.) ¡No me faltaba más que este!
- OVIEDO ¡Qué contenta se va á poner! La perdió ayer tarde, y no se pueden ustedes imaginar lo que lo sentía... ¡Estaba de un humor!...
- GERM. (Irónica, dirigiéndose á Santiago.) ¡Es muy natural...! Se comprende... Se comprende todo.
- OVIEDO ¿Se la encontrarían ustedes aquí en el jardín?
- GERM. Sí, señor... Aquí mismo.
- OVIEDO (Dándole la mano á Germana.) Pues, adiós, señora. Voy corriendo á llevársela.
- GERM. Sí, llévesela usted *de mi parte*; dígale usted *que se la mando yo*. ¡Ah! Y que... la felicito... por el hallazgo. Y á usted también ¿eh? A usted también le felicito...

por esa alegría que le va usted á proporcionar.

SANT. Sí, adiós, amigo Oviedo, adiós.

OVIEDO Hasta el jueves. Ya sabe usted que nos vamos hoy á pasar ocho días en París. (Saludando, desde la puerta.) Señora... (Sale foro.- Germana se echa á llorar.)

SANT. (Persuasivo y conciliador.) Oye, Germana; te voy á explicar...

GERM. ¡No! Calla... ¿Y esa mujer, esa mujer?... (Gritando.)

SANT. ¡Hija, por Dios! Pero si no hay motivo para que te pongas así... ¡Dios sabe lo que te habrás llegado á...!

GERM. (Cada vez más indignada.) ¿Y tienes valor para negármelo todavía? ¡Es el colmo!

SANT. Pero si no te lo niego, porque no tiene nada de particular... Que me encontré á la señora de Oviedo... Y la invité á subir en el auto, para llevarla á su casa. Es una galantería, una atención...

GERM. Eso es mentira... como lo de antes, mentira todo. ¡El señor no salía «más que á probar la máquina!» «¡A ver si marchaba con regularidad!» ¿Y esas eran las probaturas?... ¿Y no funcionaba el carburador, ¿eh?... Conque no funcionaba?...

SANT. Bueno, mira... ¡Renuncio á discutir contigo ahora!... Cuando te pones así, es imposible... Voy á cambiar de traje para comer. (Vase izquierda.)

GERM. (Llorando se deja caer en un sillón.) ¡Dios mío!

(CELIA, por la derecha.)

GERM. (Abrazándose á ella.) ¡Celia! ¡Querida Celia!

CELIA ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

GERM. (Sollozando.) ¡Me engaña! ¡Santiago... me engaña!

CELIA No, mujer...

GERM. Sí, te digo que sí. Tengo pruebas.

CELIA ¡Pero eso no prueba nada! Muchas veces

- nos engañan las apariencias, y aunque no nos engañen, casi nunca merece la pena de que nos vean llorar... por *eso*.
- GERM. ¡No! ¡Ya no me quiere! Acabo de descubrirlo todo ahora mismo, ¡casi ha tenido que confesármelo él!... y ni una palabra de disculpa, ni pedirme perdón...
- CELIA (Aparte.) ¡Pobre ángel! ¡Será inocente! (Sonríe compasiva.) ¡Pues no esperaba que le pidiese perdón!
- GERM. Desde que estamos aquí no ha querido salir conmigo un solo día, ni llevarme... ¡Claro! Porque no se separa de esa mujer. ¡Y yo tan confiada! ¡Tan estúpida! ¡Celia, es preciso que me defiendas, que vengas tú en mi socorro! Yo no le perdonaré nunca, ¿sabes? Nunca. Pero... devuélvemelo.
- CELIA (Besándola.) Sí, querida, sí. ¡No llores! Ya sabes, dicen que yo hago lo que quiero de todo el mundo. Pues bien, yo quiero que seas feliz, y lo serás. ¿Pretenden robarte el cariño de Santiago? No temas. Yo haré que te lo devuelvan. Pero con una condición... ¿Me vas á obedecer en todo?
- GERM. Sí.
- CELIA Pues oye. Ahora mismo volverá él, ¿verdad? El hombre esperará una escena dramática, de quejas y recriminaciones...
- GERM. (Asintiendo.) ¡Figúrate!
- CELIA Pues no; todo lo contrario.
- GERM. ¿Qué debo hacer? ¿Cómo debo recibirle?
- CELIA Con la sonrisa en los labios, más cariñosa, más comunicativa y alegre que nunca. Y lo verás desconcertado, lleno de confusión... Ven, espera... (Arreglándole el peinado.) Así... eso es... Te pones polvos ahora... Y ya, como si tal cosa.
- GERM. ¡Qué buena eres!
- CELIA Mira, los días en que una sospecha que su marido la engaña, ¿sabes tú qué es lo primero que debe hacer?

- GERM. ¿Qué es lo primero?
 CELIA Presentarse á él lo más bonita, lo más seductora que sea posible. Ante el peligro, el hombre debe ser valiente... y la mujer debe ser hermosa. Ese es nuestro valor.
- GERM. ¡Cómo se conoce que tú has visto muchas guerras!
- CELIA No, simulacros y maniobras. Nada más.
-

(Aparece en la puerta del foro EL CONDE DE LÉVY. Germana se dirige á él.)

- CELIA (Aparte.) ¡Y yo que venía aquí á descansar!
 LÉVY (A Celia.) ¡Qué grata sorpresa! Yo ignoraba en absoluto... (Saludándose.)
- GERM. Ah! ¿Tú conocías á Lévy?
 CELIA ¿Al Conde? Tengo ese honor hace mucho tiempo.
- LÉVY ¡Gracias, señora!... ¡Es usted!... (Aparte.) ¡Qué mujer! ¡es un encanto!
-

(GARÍN y TERESA, llegan juntos por la derecha. Teresa se dirige rápidamente á Celia, y deja á Lévy con la palabra en la boca.)

- TERESA (Vivamente.) ¡Acaba de llegar!
 CELIA ¿Quién?
 TERESA Mario. Me lo dice el corazón. Y además... que lo he visto por la ventana.
- CELIA (Riendo.) Ah! Vamos... entonces...
 TERESA Acuérdesse usted de lo que me ha prometido... Ese es.
-

(MARIO, por el foro. Saluda á Germana durante las últimas palabras de Teresa.)

- TERESA ¿Qué le parece á usted?
 CELIA Ni *fú* ni *fá*.
 TERESA ¿Verdad que sí? (Creuyendo que ha dicho otra cosa.)

- GERM. (Presentándole.) El Barón de Arnales... Mi mejor amiga, la señora viuda de Witel.
- CELIA Caballero, yo tenía grandes deseos de conocer á usted.
- GARÍN (Que no cesa de contemplar á Celia.) ¡Que talento de mujer!
- CELIA Soy muy aficionada á la esgrima, y sé que es usted un verdadero maestro de los que honran la escuela nacional. Ya me dispensará el honor de alguna lección.
- MARIO Señora, el honor, yo... Quiero decir...
- CELIA Sí, señor, sí... Muchas gracias. (1)

(Entra SANTIAGO y Germana se dirige á él, con la mejor de sus sonrisas.)

- MARIO (A Garín.) ¡Qué... qué mujer! ¡Quita el sentido! Le deja á uno tonto.
- GARÍN (Dice que sí con el gesto, y separándose de él, aparte.) Sobre todo, cuando ya se lo encuentra así.
- GERM. (Afabilísima, á Santiago.) ¡Muy bien! ¡No sabes lo que te agradezco que no nos hayas hecho esperar! Porque Celia debe de tener un apetito...
- SANT. (Asombrado. Aparte.) Pero... ¡Qué raro es esto! ¿Qué pasa aquí?
- GERM. ¿Has visto, Celia, mi marido? ¡Qué puntual! Debes agradecerle la exactitud, porque... es un milagro.
- CELIA Son ustedes todos muy amables. Estoy muy contenta. La casa es preciosa, el país me gusta mucho. Me llevarán ustedes á verlo todo. Daremos los grandes paseos, y ya verá usted qué pronto somos los mejores amigos del mundo.
- SANT. Lo somos ya, señora.
- CELIA Muchas gracias. (Se dirige á Garín.)
- SANT. (Aparte.) ¡Encantadora!... ¡Qué mujer!

(1) Es inútil advertir que las tres últimas escenas del acto deberán ser muy rápidas, llenas de animación y realidad.

- CELIA ¿Y usted que dice, querido maestro?...
¿De qué se ríe usted?
- GARÍN De lo fácil que resulta para usted la vendimia. Yo gozo lo indecible viéndola...
¡Qué pronto! ¡Qué bien! ¡Todos los corazones van cayendo en su cesto, como racimos cortados!
- CELIA ¡Adulador!
- GARÍN Espere usted: todos, no. Menos uno. Ha habido un corazón prudente que se metió en el tren de París y que á estas horas ya debe de estar muy lejos del peligro.
- CELIA Es verdad, sí, señor... ¿Y quiere usted que le diga una cosa?...
- GARÍN Yo se lo diré á usted... Que *ése* era el único que nos interesaba, ¿no?

(Por la puerta del foro, ANDRÉS, con el traje lleno de barro.)

- MARIO (Que es el primero que lo ve, antes que aparezca en escena.) ¡Hombre! Miren ustedes...
- GERM. ¡Andrés!
- TERESA ¡Y cómo viene!
- (Entra.)
- SANT. Pero, hijo, ¿qué es lo que te ha sucedido?
- ANDRÉS No hay que asustarse... Que hemos volcado en el camino de la estación.
- GERM. Pero ¿no se ha hecho usted daño?
- SANT. Y ¿cómo ha sido eso?
- ANDRÉS Pues, nada, que quise yo guiar.
- SANT. Pero si tú guías mejor que yo...
- ANDRÉS Sí... Pero al llegar al recodo aquel de los Tres Olmos, se me fué la rueda á la cuneta, y volcamos.
- SANT. Pues mira, sí que has tenido suerte, porque veinte pasos antes ó después, el camino da á los barrancos, y te hubieras roto la crisma.
- ANDRÉS Sí, ya lo sé... Ya vi yo dónde caía...
- SANT. ¿Qué?

- ANDRÉS Quiero decir... que ya he visto, luego, dónde había caído...
- GERM. Lo importante es que... ¿no se ha hecho usted nada, eh?
- ANDRÉS No, señora, no, gracias.
- SANT. ¿Y el coche?
- ANDRÉS No se ha roto más que el eje... una rueda, el estribo... los faroles... Total, nada.
- SANT. ¡No está mal, hombre! ¡Nada! ¿Y el caballo?
- ANDRÉS Ese es el que ha salido peor librado. Pero se compra otro... No te preocupes. En resumen: que pasaré la velada con vosotros...
- GARÍN (A Celia.) Perdóneme usted... Mi equivocación es completa, como su triunfo. Todos, todos han caído.
- CELIA (Riendo.) ¿Ya tengo el cesto lleno, eh?

(PEDRO, por la izquierda.)

- PEDRO La señora condesa está servida. (Salen, delante, Mario, que da el brazo á Teresa, Garín á Germana y los últimos Santiago y Celia.—A Celia, al pasar.) Los equipajes de la señora acaban de llegar. ¿La señora desea que los subamos ahora mismo á su habitación?
- CELIA No, señor, no... Primero coman ustedes. No quiero que por mí se moleste nadie. ¡No faltaba más! (Sale hablando con Santiago.)
- PEDRO (Se queda contemplándola un momento, con admiración.) ¡Qué mujer! Bueno... ¡esto es una mujer!

TELÓN

ACTO TERCERO

Un salón, espléndidamente iluminado y lleno de flores. Al foro galería de cristales que da á la terraza, con dos ó tres puertas ventanas abiertas de par en par, que dejan ver el jardín muy alumbrado por la luna. A la derecha, puerta que da también al jardín. A la izquierda, puerta de habitación.

A la derecha, en segundo término, una mesita pequeña, velador ó centro, llena de paquetitos que Teresa está arreglando. A la izquierda, en el mismo término, una mesa mayor, con dos tinteros, plumas, papel y sobres, etc.

Otros muchos muebles. Un reloj en alguna parte.

La escena debe producir una impresión de lujo y elegancia.

(Al levantarse el telón, TERESA, á la derecha, se ocupa en atar los paquetes que se indican; GERMANA está dando instrucciones á PEDRO en la puerta de la izquierda, y ANDRÉS escribe en la mesa de este mismo lado. Los hombres visten de frac.)

GERM. (A Pedro.) Cuide usted mismo de todo... Que se coloquen las luces de bengala en los sitios que le dije, y que nadie se acerque á los fuegos.

PEDRO Bien, señora.

GERM. Tómelos usted... En la biblioteca están... (Pedro vase derecha. A Teresa.) ¿Y tú has acabado ya de empaquetar los juguetes para la rifa?

TERESA Ahora mismo.

GERM. ¿Dónde has puesto la lista?

TERESA Aquí la tengo. (Le entrega un pliego de papel grande. Germana, al ir á cogerlo, *deja su abanico encima de la mesa.*)

(Por el foro, CELIA con GARÍN.)

CELIA (A Germana.) Acabamos de dar la vuelta al estanque... Hace una noche preciosa, con

una luna... Y esa terraza da gloria... ¿No lo notáis? Hasta aquí llega el aroma de la madre-selva, de los jazmines, de los claveles...

GERM. (Sonriendo.) Todo eso es porque estás tú aquí.

ANDRÉS ¡Todo eso... nos va á poner un dolor de cabeza...!

GERM. (A Andrés, vivamente.) ¡Usted no se me distraiga, por Dios! Ya sabe que hacen falta trescientas papeletas... ¿En qué número está ya?

ANDRÉS En el siete.

TODOS ¡Oh! (Exclamaciones, risas.)

ANDRÉS ¡Pero si es que ya no puedo más! ¡Desde ayer me tienen trabajando! ¡Esto es insostenible! Yo reclamo la jornada de ocho horas. Y, luego... toda la casa revuelta... Me han quitado todas las sillas de mi pabellón... Nada, que para leer los periódicos, me tengo que sentar... (Señalando á lo alto.) en el armario de luna.

GERM. Calle usted, hombre, que mañana le devolverán sus sillas. Han hecho falta para el salón de baile. (A Celia.) Ya sabes que todos los años mi padre da esta fiesta á los aldeanos el día de Santa Radegunda, y yo no he querido...

ANDRÉS Santa Radegunda, ¿eh? ¡No saben ya qué inventar! ¡Y cada día descubren un santo nuevo!

GARÍN Calle usted, hombre... Pero si ésta vivió en el siglo VI... ¿no se acuerda usted ya de la historia?

ANDRÉS ¿Historia de santos?

GARÍN No, señor, no, de reyes; historia de Francia. El rey Clotario I se casó con ella, después de haber asesinado á su padre, á su hermano y á sus dos tíos.

GERM. ¡Qué barbaridad!

CELIA ¡Qué horror!

GARÍN ¿Qué quieren ustedes? Era un hombre

que no podía sufrir los consejos de la familia.

ANDRÉS En eso llevaba razón. ¿Saben ustedes que no se acaban nunca las papeletas estas?

GARÍN No se apure usted... que vamos á ayudarle.

TERESA Eso es, yo también.

(Se sientan á escribir en la mesa de la izquierda con Andrés.)

GERM. (A Teresa.) Tú, no. Tú tienes que ir á decirle á Santiago que ya pueden llevarse esto. (Señalando á los paquetes de la rifa. Teresa váse izquierda.)

CELIA Pero, dí, Germana, ¿yo no puedo hacer algo de provecho?

GERM. Sí, mira, puedes contar esos paquetes, á ver si no nos hemos...

(Las dos se dirigen á la otra mesa.)

(PEDRO, por la derecha.)

PEDRO ¿La señora no tiene otras órdenes que darme? (Va á salir por la izquierda.)

GERM. ¿Ya está eso? Pues nada más.

ANDRÉS ¡Ah! Oiga usted, Pedro... (Se acerca á él y baja la voz.) Que no deje usted de ir mañana á la estación, á sacarme el billete. Me iré en el tren de las dos.

PEDRO Si el señorito tiene mucho empeño en que vaya... iré. Pero...

ANDRÉS ¿Qué?

PEDRO Nada, que... como hace ocho días que estoy sacando el billete para el señor... y el señor no se va... y el billete se pierde, yo debo advertírselo respetuosamente al señor... El jefe de la estación ya se ríe... Y las hijas también...

ANDRÉS ¡Ah! ¿Sí?

PEDRO Sí, señor... Y el de la ventanilla... y los mozos...

GERM. (Severamente.) Pero, ¿qué es eso, Andrés? ¿Estamos perdiendo el tiempo?

- ANDRÉS ¡Ay! Es verdad... Los números... (A Pedro.) Bueno, pues no vaya usted. Déjelo... (Vuelve á sentarse.)
- GARÍN (A Andrés.) Haga usted desde el ciento ochenta y cinco en adelante. (Andrés se pone á escribir, pero levantando la cabeza continuamente para mirar á Celia.)
- GERM. (A Celia, siguiendo la conversación.) Tú no conoces á Santiago. El se figura que ya lo tengo todo olvidado... Pero yo no puedo más, te lo confieso... Esa mujer ha vuelto de París, y desde que lo supe... yo no vivo... ¡No quiero, no! Si mañana mismo no sé que ha reñido con ella para siempre, yo me separo de él, y me voy á casa de mi padre.
- CELIA No, mujer. Tranquilízate. Si él te quiere... Yo creo que ni siquiera se acuerda ya de la otra... Pero, mira, esta noche, durante el baile, yo procuraré hablar con él muy en serio, y te prometo que será una conversación definitiva.
- GERM. ¿Me lo prometes? ¡Qué buena eres!
- CELIA No. Es que te quiero mucho... Y, además, que me distrae, no creas, me entretiene esto...
- GERM. (En tono de reproche.) ¡Ah! ¿Sí?...
- CELIA Mujer, te diré: yo soy como esas personas razonables que, aunque no fumen, les gusta el aroma del tabaco y... aspirar el humo del que fuman los demás.

(Por la izquierda, SANTIAGO, MARIO y TERESA. Estos últimos se quedan hablando aparte.)

- SANT. ¡Vaya un día, caballeros! (A Germana.) Te advierto que tienes ahí más de trescientos chiquillos; muchos más.
- GERM. No importa. Juguetes hay de sobra. Querido Andrés, será preciso que haga usted cuatrocientos billetes, por si acaso.
- ANDRÉS ¿Qué? (Da un salto.) ¿Me dice usted á mí?

¡Vuelvo... vuelvo en seguida!

(Sale foro corriendo. Todos se ríen.)

GERM. Bueno, vamos á llevarnos todo esto...

(Germana entrega una montaña de paquetes á Santiago, que se los lleva izquierda.)

(Aparece ANDRÉS, foro.)

Venga usted aquí, holgazán... Ayúdenos usted... Sirva para algo.

(Lo carga de envoltorios; la mayor parte se cae al suelo, y Andrés, con dos ó tres paquetitos en cada mano, sale muy campante, siguiendo á Santiago, sin atender á Germana.)

Pero, hombre, ¿á dónde va usted? Venga usted á recogerlos... ¡Qué gracioso! ¿Todo eso es lo que sabe usted hacer?

(Teresa y Mario ayudan á Germana, y éste se lleva los que quedan.—Germana, despidiéndose)

Adiós, Celia... En ti confío. (A Garín, al pasar.) ¿Faltan muchos aún?

GARÍN No, ahora mismo te los llevaré.

(Germana vase izquierda.)

TERESA (Que se acercó vivamente á Celia, en cuanto la dejó su hermana.) ¿Y sabe usted lo que acaba de decirme? ¡Que quiere irse pasado mañana!

CELIA ¿Sí?... ¡Qué valor!

TERESA ¡Y yo que estaba tan confiada!... Ya ve usted. Es necesario que le hable usted cuanto antes, esta noche mismo, y que se lo quite usted de la cabeza...

CELIA Esta noche...

TERESA Claro, si no se decide hoy... Por Dios, señora...

CELIA Bueno, bien, te lo prometo... Ahí está.

TERESA Gracias... Yo me voy, porque Germana... (Vase izquierda.)

(Por la izquierda MARIO y poco después ANDRÉS, que se queda observando la escena que sigue.)

CELIA (Aparte.) ¡Y yo que había venido aquí á descansar... (Alto.) Oiga usted, Mario.

MARIO Señora...

CELIA Me parece que me voy á tener que que-

- dar aquí... Tengo una neuralgia horrible... Un dolor en la sien derecha...
- MARIO ¡Qué contrariedad!... ¡Cuánto lo siento! Yo que me había hecho la ilusión de bailar con usted...
- CELIA No, me quedaré aquí, para que se me pase... ¿Quiere usted venir á hacerme compañía un rato?...Mire usted... allá á las once...
- MARIO ¿Cómo, señora?... ¿Yo?... ¡Con mucho gusto! Encantado...
- CELIA Pues hasta luego, ¿eh?
- MARIO Hasta luego.
- (Vase izquierda, con Garín, que ha recogido sus papeles. Andrés, después de seguir á Mario con la mirada, se dirige á Celia.)
- ANDRÉS (Lentamente.) ¿Y qué... le decía á usted... el imbécil ese?
- CELIA ¿Cómo imbécil? Pero si es un muchacho muy simpático...
- ANDRÉS Bueno, bien... (Lentamente.) ¿No quiere usted decirme lo que...?
- CELIA Oiga usted, Andrés. Hace ocho días que estoy aquí. En todo ese tiempo, apenas si me ha dirigido usted la palabra. Pero en cuanto alguno de esos caballeros se me acerca, surge usted, como por escotillon, con aires de dogo susceptible... ¿Qué le pasa, qué tiene usted?
- ANDRÉS (Con su ironía habitual.) Tengo... buen humor. Puede que no tenga otra cosa, pero eso, sí.
- CELIA Pues guárdese usted, y déjeme en paz.
- ANDRÉS Sí, señora, sí... No faltaba más. Pero es que el niño ese me crispa los nervios. Que hablase usted con otro cualquiera, con Santiago, por ejemplo, no me importaría nada...
- CELIA (Señalando á la puerta de la izquierda. Estará sentada en una mecedora frente á ella.) Mire usted... ahí viene. Y presisamente necesitaba hablar con él.
- ANDRÉS ¡Qué casualidad! (Se separa de Celia.)

(Entra SANTIAGO, por la izquierda y se dirige á la derecha.)

CELIA ¡Oiga usted, Santiago...!

SANT. ¿Me llamaba usted?

ANDRÉS Bueno, bien... Está bien... (Sale foro.)

CELIA ¿Ha visto usted qué mala suerte? No voy á poder ir á ese baile.

SANT. ¿Por qué?

CELIA Una neuralgia horrible... Tengo un dolor... aquí... (Ya no se acuerda de dónde dijo antes.) aquí en la sien izquierda...

SANT. ¿Quiere usted que llamemos al médico?

CELIA No, si no es nada. El trajín que hemos llevado hoy. Me voy á quedar aquí un rato, y se me pasará. ¿Vendrá usted luego á hacerme compañía?

SANT. Con mucho gusto.

CELIA Gracias. Antes de media hora, quedándome aquí tranquila un momento, me pondré bien.

SANT. Pues á las diez me tendrá usted aquí.
(Vase izquierda.)

(ANDRÉS, por el foro.)

ANDRÉS ¿Interesante... nuestro dialoguito con el bueno de...? (Señalando á la puerta por donde acaba de salir Santiago.)

CELIA Sí, señor... Mucho. (Transición.) Oiga usted, Andrés, y en vez de perder el tiempo aquí, de centinela, ¿no valía más que fuera usted á ayudar á la pobre Germana, que bien lo estará necesitando? Ya ve usted, allí con tanta gente y tanto chi-
quillo...

ANDRÉS (Con mucha calma.) ¿Y usted... qué es lo que va á hacer... si puede saberse?

CELIA Yo, quedarme aquí. Tengo... en esta... no en esta... (Llevándose la mano primero á la derecha y luego á la izquierda.) en las dos sienes...

- ¡un dolor de cabeza... general!... Y necesi-
to reposo, silencio...
- ANDRÉS Bien, está bien. Me voy... Le advierto á usted que á mí los aldeanos y sus bailes... y las fiestas de pueblo... Pero, en fin, voy allá, basta que usted lo mande.
- CELIA Muchas gracias. Es usted muy galante.
(Coge una revista ilustrada que hay en la mesa.)
- ANDRÉS No, ¿por qué? ¿No somos amigos?
- CELIA Nadie lo diría...
- ANDRÉS Pues, sí, señora, sí... Yo soy muy amigo de usted, mucho. Y la prueba es que daría algo porque tuviera usted muchas preocupaciones, muchas penas, compromisos... pero de los graves...
- CELIA ¡Ah! ¿Sí? ¡Pues vaya una gracia!
- ANDRÉS Por evitárselos yo, si era posible.
- CELIA Afortunadamente, hoy por hoy, no tengo necesidad de sus servicios...
- ANDRÉS ¡Ah! Pues no se haga usted ilusiones... porque cada día nos trae un disgusto nuevo. Este mundo «es un valle de lágrimas»... (Celia levanta la cabeza, como sorprendida por la noticia.) —hermosa frase, que no es mía...
- CELIA (Riendo.) ¡Eso le iba á decir á usted... que me sonaba!
- ANDRÉS (En tono de burla.) Sí, yo no sé dónde la leí hace mucho tiempo... y me gustó. Vaya, que usted se alivie.
- CELIA Gracias... Buenas noches.
(Andrés se dirige hacia la izquierda.)

(Por esta misma puerta, GARÍN, que se cruza con Andrés.)

- GARÍN ¿A dónde va usted, querido amigo?
- ANDRÉS (Bajando la voz.) ¿Yo? Guárdeme usted el secreto: *¡yo... ya no voy á ninguna parte!...* Es que me echan.
(Celia, entretenida con el periódico que tiene aún en las manos, no se fija en esta breve escena.)

- GARÍN (A Celia.) ¿Y usted... huyendo de la fiesta, aquí, tan tranquila, eh?
- CELIA Sí, señor... Me mareó el trastorno de hoy.
- GARÍN Pues si no necesita usted nada...
(Despidiéndose.)
- CELIA No, señor, no. Muchas gracias... Pero, sí... ¿Dónde habré puesto yo mi abanico? ¿No lo ha visto usted?
- GARÍN (Tomando el que se dejó Germana encima de la mesa de la derecha.) Aquí tiene usted uno...
(Lo abre.) muy bonito. (Se lo da.)
- CELIA Sí, es el de Germana... Pero, por no subir á mi cuarto, me quedo con él.
- GARÍN ¿Quiere usted que le cierre las puertas?
- CELIA (Vivamente.) No, señor, no.
- GARÍN Hace usted bien. (Mirando por la galería al cielo.) Es una noche soberbia. En el cielo no se ve una nube. Todo el verano entra por esas ventanas, trayendo el aroma de todas sus flores, el aliento de la tierra fecunda... Yo creo que no hay una mariposa, por vieja que sea, que no trate de abrir las alas... ¿No respira usted la voluptuosidad que hay en el aire, la...
(Transición.) Bueno, hasta mañana, si Dios quiere. Que usted descanse.
- CELIA ¿Me deja usted ya?
- GARÍN Sí, señora, sí. En una noche como esta, y mirándola á usted, que se ha puesto hoy más hermosa que la noche... Palabra de honor: se le quitan á uno diez años de encima.
- CELIA ¿Esas tenemos, querido maestro?
- GARÍN Sí... Pero no tema usted nada. De todas maneras... me quedarían sesenta y dos. A pesar de todo, tengo miedo de que no basten...
- CELIA Y se va usted á dormir...
- GARÍN No; ¿para qué dormir cuando ya no se sueña? No; á lo de siempre: voy á trabajar. (Vase derecha.)
- CELIA (Con un suspiro.) ¡Ay! Yo también.

- (SANTIAGO, por la izquierda.)
- SANT. Gracias á Dios. Estaba esperando que la dejaran á usted sola. He conseguido escaparme del baile.
- CELIA ¿Y Germana... no se dió cuenta?...
- SANT. Germana no se acuerda de mí.
- CELIA ¿De veras?
- SANT. Ni poco, ni mucho. Desde hace algunos días me trata con la mayor indiferencia. Crea usted que, si fuera celoso, tendría motivos para preocuparme.
- CELIA Pero, afortunadamente, usted no es celoso.
- SANT. No, señora, no... Mejor dicho, sí, ahora sí que lo estoy.
- CELIA ¿De quién?
- SANT. Del pollo ese, Mario... nuestro vecino, el barón.
- CELIA ¿Cómo?... ¿Se atreve á tontear con Germana?
- SANT. No, señora... no. Se atreve á tontear con usted. Pero yo le diré dos palabritas al majadero ese...
- CELIA Bueno, dejémonos de tonterías; tengo que hablar con usted muy en serio...
- SANT. Y yo también. ¡Pero, Dios mío, qué ojos tiene usted!
- CELIA No, no... Hablemos formalmente. Le advierto á usted que ha perdido ya todas mis simpatías.
- SANT. (Como si oyera la noticia de una catástrofe.) ¿Es posible? ¿Y cuándo ha sido eso? ¿Por qué?
- CELIA Mire usted, Santiago: yo comprendo que los hombres se diviertan...
- SANT. (Muy convencido.) Yo también.
- CELIA Admito que á un hombre... hay que perdonarle muchas cosas.
- SANT. Muchísimas... sí, señora.
- CELIA Todas las que usted quiera, menos una: que haga desgraciada á su mujer.
- SANT. Pero eso no lo dirá usted por mí... (Celia

dice que sí con un gesto.) ¡Calumnia! No lo crea usted. La mía, la mía se hace desgraciada ella sólo.

CELIA El caso es que usted la engaña.

SANT. ¡Bueno, esa es una de las cosas que se le deben perdonar á un hombre! ¿No lo hemos convenido ahora mismo?

CELIA El caso es que no renunciaría usted por ella á la menor de sus... aventuras.

SANT. ¡Señor, yo le diré á usted!...

CELIA (Interrumpiéndole.) No, no me diga usted nada... Si usted me ha parecido siempre lo que es: uno de esos hombres...

SANT. ¡Con un corazón así! (Separando mucho las manos.)

CELIA (Imitándole.) Con un corazón... así... Pero incapaz de sacrificarse por nada ni por nadie.

SANT. Eso, según... Eso depende de quien sea el que me pida el sacrificio.

CELIA ¡Ah! Vamos...

SANT. Naturalmente.

CELIA (Disponiendo en orden de batalla los poderosos recursos de su famosa coquetería: gesto, ademán, voz.) ¿Y... á mí... por ejemplo, me sacrificaría usted algo?...

SANT. (Con pasión.) ¿A usted? ¡Todo! ¡Lo que usted quiera! ¡Lo que usted me pida! (Una sonrisa burlona de Celia enfría su entusiasmo.) Pero me parece difícil que me pida usted nada. Ya sé que no ha de llegar el caso...

CELIA (Jugando con el abanico.) ¿Quién sabe?...

SANT. ¡Ah! Pues á probarlo.

CELIA (Decidida.) ¿A probarlo?... ¿No se arrepentirá usted?...

SANT. ¿Yo?

CELIA Vamos á ver... ¿Y si yo le pido... que no vuelva usted á cruzar la palabra con esa señora que vive... (Señala con el abanico hacia la derecha.)

SANT. (Vivamente.) ¡Pero si yo no tengo nada que ver con ella! ¡Si no me importa nada!

- CELIA Mejor que mejor. ¿De modo que si yo le pido que no la vuelva usted á ver, ya que no le importa nada?...
- SANT. (Eludiendo la respuesta.) ¡Puede usted creerlo! Si todo son aprensiones de mi mujer, porque supo que una tarde la llevaba yo en el auto...
- CELIA Bueno, dejemos eso... (Se pone en pie.) ¿Qué? ¿Sí... ó no?
- SANT. (Después de vacilar un momento, y en tono confidencial.) Vaya por descubierta, Celia... ¡Usted no sabe lo que pide! ¡Usted no la conoce! Se moriría de pena... ó me daría un disgusto... lo cual es mucho peor.
- CELIA (Desdeñosa, volviéndole la espalda.) ¿Lo vé usted. (Recordando sus palabras.) «¡Todo! ¡Lo que usted me pida!...» Y á la primera indicación...
- SANT. Pero, Señor, comprenda usted que una cosa así no se hace sin algún fundamento, sin algún motivo...
- CELIA ¿Y no tiene usted uno?
- SANT. ¿Cuál?
- CELIA Proporcionarme una gran satisfacción. ¿Le parece á usted poco?
- SANT. ¿Tan grande? (No hace falta que se advierta: la actriz deberá *expresar* infinitamente más de lo que llegan á decir sus palabras, con el ademán, el gesto, la mirada, la inflexión de voz... y todos los variados recursos de que disponen las mujeres coquetas,—todas las mujeres, cuando llega el momento...)
- CELIA ¡Como no la puede usted imaginar!
- SANT. ¿De veras? (Le coge una mano. Celia afirma con la cabeza.) Entonces...
- CELIA ¿Qué?
- SANT. Le prometo á usted aprovechar la primera ocasión que se me...
- CELIA (Retira su mano, y se separa.) No me basta con eso.
- SANT. ¿Cómo que...?
- CELIA No. Esa mujer ha venido hoy de París, y yo no quiero que la vuelva usted á ver.

(Santiago se queda sorprendido, sin atreverse á creer lo que está oyendo. Celia repite, mirándole fijamente.) ¡No quiero!

SANT. (Sin disimular ya su alegría.) Pero es que... para exigir tanto de mí, sería preciso que tuviera usted algún derecho...

CELIA ¿Y si yo me lo tomo?...

SANT. (Exaltándose cada vez más.) ¡Celia! ¡Pero si yo no pienso más que en usted, Celia! ¡Si me aturde la alegría! Yo haré todo lo que usted quiera. Lo que usted mande... mañana mismo.

CELIA No, ahora mismo.

SANT. ¡Pues ahora mismo! ¡Es igual! Ahora mismo. ¿Pero cómo?

CELIA (Señalando á la mesa de la izquierda.) Siéntese usted aquí, escríbale y deme usted la carta.

SANT. (Se sienta frente á la puerta lateral izquierda.) Yo no sé... Hace usted de mí lo que le da la gana... Yo no tengo voluntad propia...

CELIA Con que tenga usted papel y sobres... ¿Hay de todo?

SANT. Sí, señora, sí... (Pretende cogerle la mano Ella lo rechaza suavemente.) Es decir, no... Falta lo principal...

CELIA ¿Lo principal?

SANT. Sí; que me dicte usted... A mí no se me ocurre nada.

CELIA Bueno, bien...

SANT. Pero, ¿desde ahí? ¿Tan lejos? No, señora, no... Ha de ser al oído. Si no, yo no oigo... Como no me hablen al oído, no oigo.

CELIA ¡Qué gracioso! (Acercándose un poco más.)

SANT. No, es de veras. Y escribir... como no me lleve usted la mano... ni una línea.

CELIA ¿También eso?

SANT. No puedo, créalo usted, no puedo; no sé escribir como no me lleven la mano. Ni leer, ni nada.

CELIA (Acercándose.) Bueno... La primera letra...

SANT. (Cogiéndole la mano, que besa muchas veces.) ¡Ce-

- lia! ¡Celia!... ¡Por usted soy capaz de decirles adiós á todas las mujeres del mundo! (Levanta la cabeza para mirarla. Ella está á su espalda. El sigue, señalando la carta.) ¡Y luego dicen que las despedidas son una cosa triste! ¿Qué le parece á usted?
- CELIA Pero, ¿va usted á escribir, sí ó no?
- SANT. Sí, señora, sí... Vaya usted diciendo.
- CELIA ¡Cualquier cosa! «Mi estimada amiga:»... ¿Cómo la llama usted? ¿Distinguida ó...?
- SANT. Yo le diré á usted... Como llamarla... de muchos modos...
- CELIA Bueno, eso no me importa. (Dictando.) «Como está mi mujer un poco delicada»...
- SANT. ...Cada...
- CELIA «No podremos recibir en algún tiempo ni hacer visitas...»
- SANT. ...itas... No, la carta no puede ser más cordial...
- CELIA Y eso, ¿qué importa? (Dictando.) «Mucho lo siente... su afectísimo amigo...» Pero, cuántas *efes* ha puesto usted?
- SANT. ¡Qué sé yo! ¡No ve usted que estoy tan contento!
- CELIA Ahora el sobre, y venga...
- SANT. (Después de cerrar la carta, levantándola en alto con dos dedos.) ¡Una mujer que me había jurado amor eterno!... La ingrata me abandona...
- CELIA (Cogiendo vivamente la carta.) ¡Ya lo abandonó!
- SANT. Pero ¿ha visto usted? ¡Qué falsas son las mujeres! ¡Cómo nos engañan!
- CELIA Sí, señor, sí... No lo sabe usted bien.
- SANT. (Con apasionada exaltación.) ¿Qué me importa? ¡Si para mí no hay más que una mujer en el mundo, una sola!... (Cambiando bruscamente de tono.) Celia... ¡Vamos á dar un paseo por el estanque!
- CELIA (Que ya es otra, con la mayor frialdad.) ¿A estas horas? Pero, ¿usted ha perdido el juicio? ¿En qué está usted pensando?

SANT. (Desconcertado, sorprendido por el cambio y por el tono.) ¿Cómo? ¿Qué...?

CELIA Hasta mañana, querido Santiago; que usted descanse.

SANT. (Sin salir de su asombro.) ¿Hasta... mañana...?

CELIA Sí; mañana sí que daremos un gran paseo, un paseo largo, muy largo... Hasta más allá de Trouville... hasta más allá de...

SANT. (Casi con el entusiasmo de antes.) Pero, ¿solos?...?

CELIA Hombre, no. ¡Eso podíamos hacer! Con Germana.

SANT. ¡Con Germa...! Pero, ¿qué quiere decir esto? (Furioso.) ¡Ah! Vamos... ya. Que se ha burlado usted de mí. ¡La carta! ¡Venga mi carta

CELIA ¿No decía yo que se iba usted á arrepentir?

SANT. (Dominándose, con forzada sonrisa.) ¡No vale, no! ¡Mi carta! ¡Venga mi carta!

CELIA Ya no puede ser... (Rápidamente se la guarda en el pecho.) ¡Ya la han echado al correo! (Huye por el foro. Santiago se queda un momento vacilando, luego trata de seguirla, pero le detiene la entrada de Pedro.)

SANT. ¡No! ¡Esto es el colmo! ¡Esto no puede quedar así!

(PEDRO, por la izquierda.)

PEDRO Señor conde...

SANT. (Retrocediendo al oír al criado.) ¿Qué... qué hay?

PEDRO La señora... que la dejan sola, que nadie va á ayudarla y que aquello no se acaba nunca...

(Santiago, en cuanto oye las primeras palabras, se dirige á la izquierda. Pedro se aparta para dejarle pasar.)

(Apenas han desaparecido, se adelanta CELIA por el foro, mirando con recelo á todas partes.)

CELIA Vamos, ya se fué... (Dejándose caer en una mecedora.) ¡Uf!... ¡Y yo que venía aquí á descansar!... ¡Pues no, que el otro!... Aún falta el otro...

(MARIO, por la izquierda, más correcto, más ceremonioso que nunca.)

MARIO Señora...

CELIA Es usted muy exacto...

MARIO Siempre. La exactitud es, para mí, uno de los primeros deberes del hombre bien educado.

CELIA Sí, señor, sí... (Aparte.) ¡Este chico está horriblemente bien educado!

MARIO Y, además, que tan reconocido al honor que me dispensa—y perdone usted si traspaso los límites de la corrección—, como impaciente por conocer lo que motiva...

CELIA (Vivamente, de modo que contraste mucho con la lentitud del otro.) Pues, hijo, que me han sorprendido con la noticia de que piensa usted abandonarnos para emprender un largo viaje... No me había dicho usted una palabra.

MARIO Es que no se ha decidido hasta hoy.

CELIA ¿Y á dónde va usted?

MARIO A los Estados Unidos, es decir, á América...

CELIA (Sonriendo.) Ya...

MARIO Sí, he recibido esta noche un telegrama de la Academia de Esgrima, designándome para representarla en el campeonato de Nueva-York... ¡Es una honra que me confunde! ¡Es...!

CELIA Una vanidad. (Pausa.) ¿Y se va usted?... ¿Sin acordarse de lo que puedan sufrir por una ausencia tan larga los que le quieren?

MARIO Señora... no hay más que una mujer en

el mundo á quien yo desearía que pudiese interesar mi suerte... ¡y á esa, por desgracia, no le importa lo que sea de mí!

CELIA ¡Qué ingratitud! Parece mentira... ¿Y... quién es ella? Sepamos: ¿la conozco yo?

MARIO (Lentamente, con pasión.) ¿Y es posible... que usted lo pregunte?

CELIA (Aparte, consternada.) ¡Ay!...

MARIO ¿Es posible que necesite usted preguntarlo?...

CELIA (Viendo confirmados sus temores. Aparte.) Pues, Señor... ¡nos hemos lucido! (Alto.) ¿De modo que... usted también?

MARIO ¿Cómo... también?

CELIA (Vivamente.) ¡No, no es eso, no! Lo que yo quería decir...

MARIO Es inútil, señora. Hace mucho tiempo que lo sé.

CELIA ¡Pero si yo no estoy aquí más que ocho días! ¿Y qué es lo que usted sabe?

MARIO Que no soy el único en admirarla, que tengo un rival, y que si usted me dispensa el honor de permitir que sea su compañero en los paseos de la mañana, el señor conde lo es en sus paseos de la tarde.

CELIA ¿Y qué tiene que ver eso?...

MARIO Perdóneme usted, señora. Yo me había propuesto callar... ya sé que mi conducta en este momento no es... la de un hombre de mundo, pero... ¿qué quiere usted? Yo estoy celoso... Esto es impropio de un hombre de mundo, ya lo sé, pero... estoy celoso...

CELIA No; está usted loco...

MARIO ¿Ignoraba usted que Santiago estaba enamorado de usted?

CELIA No lo sé, ni me importa; pero estoy segura de que si yo le pidiera á él que renunciase, para serme agradable, á un concurso de esgrima y á un viaje á los

- Estados Unidos... (Imitándole irónicamente.) es decir, á América... él no vacilaría.
- MARIO Pero si yo tampoco vacilo, si usted lo pide.
- CELIA Pues bien, ya está.
- MARIO (Como no dando crédito á lo que oyé.) No...
- CELIA Sí, señor, sí.
- MARIO (Con entusiasmo) ¿Dice usted que sí? ¡Entonces!... ¡Entonces!... ¡Ah! Yo no he tenido una alegría mayor desde la copa de Bruselas!
- CELIA ¿Y eso qué es?
- MARIO ¡El torneo de Bélgica de 1905, en que yo salí vencedor!... ¿Es decir, que yo he tenido la dicha de que usted?... ¡Ay, señora! ¡Yo... yo...!
- CELIA (Aparte.) Este chico se vuelve loco... (Alto.) Total, que ya no se va usted, ¿no es eso?
- MARIO ¿Irme, cuando usted me ruega?... ¡Yo le juro...!
- CELIA Sí, pero como es usted un hombre de honor, la verdad, no me inspira ninguna confianza. Me va usted á faltar á su palabra, como si lo viera.
- MARIO ¿Qué pruebas quiere usted?
- CELIA (Indicándole la mesa.) Siéntese usted aquí y escriba.
- MARIO ¿Qué?
- CELIA Un telegrama á su Academia para advertirles que no cuenten con usted. Y ese telegrama lo he de mandar yo misma.
- MARIO Bien, está bien... pero, en cambio... ¡Celia!... ¡Celia!...
- CELIA Escriba usted.
- MARIO (Mojando la pluma.) Pero, ¿usted sabe lo que voy á hacer? ¡Piense usted que se trata del campeonato del mundo!...
- CELIA Escriba usted.
- MARIO (Escribiendo.) «Academia esgrima... París... Imposible aceptar.» ¡Ah! Esto es muy duro, Celia. Muy duro...
- CELIA (Poniéndole la mano en el hombro.) No; es encantador...

- MARIO (Cogiéndole un brazo.) Sí, es verdad... Es duro, pero encantador... (Escribiendo.) Designen otro campeón.» ¡Oh! Esto es heroico; lo que acabo de hacer es heroico.
- CELIA Mucho más: es galante... Y yo me quedo muy contenta, muy contenta...
- MARIO ¿De que yo... me quede aquí, con usted?
- CELIA Sí; de que se quede usted... con su madre, con todos nosotros.
- MARIO (Queriéndole coger una mano.) ¡Ay, Celia! ¡Celia! Usted no sabe...
- CELIA (Por el telegrama.) Bueno, deme usted eso.
- MARIO ¡No! El hombre de mundo ha desaparecido... ¡Sólo queda el enamorado, loco de pasión!...
- CELIA Bueno, deme usted eso.
- MARIO (Siempre alejando el papel de las manos de Celia.) Sí, pero en cambio, yo necesito, yo tengo derecho á una esperanza.
- CELIA (Arrebatándole el telegrama. Aparte.) Pero, Señor, ¡qué difícil va resultando casar á una niña en estos tiempos!
- MARIO (Con exaltación creciente.) ¡Y pensar que no la conozco á usted más que ocho días!... ¡Que no he ido á visitarla, que no la he escrito una sola vez!... ¡Que no le he enviado flores! ¡Que no le he hecho el amor, en una palabra! Y usted... y yo... ¡Yo deliro, yo estoy loco!
- CELIA (Con la mayor frialdad.) Gracias... Yo encantada... y buenas noches, querido Mario.
- MARIO (Lleno de asombro.) ¿Cómo, buenas noches? Pero, ¿no le digo á usted que estoy loco? ¿No comprende usted que el hombre de mundo desaparece?...
- CELIA (Vivamente.) Pues bien, la mujer de mundo hace la mismo. Adiós.
- MARIO ¿Cómo? ¿Que me abandona usted? ¡Celia! ¡Celia! ¿Es posible?
- CELIA Sí, hombre, sí... ¡No ha de serlo! No ve usted que puede venir alguien...
- MARIO ¿Quién?

- CELIA ¿Qué sé yo? Garín, Andrés, Santiago...
 MARIO Entonces... ¿Cuándo? ¿Cuándo... nos veremos? ¿Mañana? ¿Verdad que sí? ¿Mañana? ¡Oh! Perdóneme usted la incorrección... Pero, diga usted... ¿Mañana?
- CELIA No, mañana he de salir con Santiago.
 MARIO (Fuera de sí.) ¡Ah! ¿Con Santiago? ¡Basta! Por eso me rechaza usted. ¡No piensa más que en él! ¡A él le prefiere!
- CELIA No, señor, no. ¿Quién ha dicho eso?
 MARIO Sí, está claro... ¡Es indudable! Pero esto no quedará así, no... Esto, desde ahora, es una cuenta que vamos á ajustar él y yo.
- CELIA Pero, ¿está usted loco? ¿Qué va usted á hacer?
- MARIO ¡Y lo pregunta! ¡Buscar á ese hombre, y donde le encuentre...
- CELIA Pero, Dios mío, ¿qué dice usted? ¿Qué motivo hay para eso? ¿Y voy á ser yo la causa de que ustedes...? ¡No lo puedo consentir! ¡No lo consentiré!
- MARIO Ya es tarde, señora. Me ha trastornado usted, me ha hecho perder el juicio... Ya no me puedo dominar, ya me siento capaz de todo... ¡Nadie tendrá la culpa de lo que suceda más que usted.
 (Vase izquierda.)
- CELIA (Sinceramente desesperada.) ¡Dios mío, Dios mío! Pero, ¡será imbécil este hombre! ¡Será imbécil! ¡Qué locura! ¿Y qué voy á hacer yo? ¿Cómo evitar...?
-
- (PEDRO, por la izquierda.)
- PEDRO Señora... Dice la señora condesa...
 CELIA (Vivamente.) Oiga usted, Pedro. ¡Al señorito Andrés que venga, pero en seguida! ¡Que lo necesito... que lo espero!
- PEDRO Está bien, señora... (Señalando al foro.) Yo creo que estaba ahí fuera... (Aparte.) ¡Como que no la pierde de vista!
 (Vase foro. Celia se pasea, agitada y nerviosa.)

(Por el foro, PEDRO y ANDRÉS.)

ANDRÉS (A Pedro, antes de entrar.) Y ¿dices que me llama? Pues, mira, cuando una mujer le dice á uno que lo necesita, siempre lo mismo, es para darle algún disgusto. (Entrando.) ¡Como si lo viera!

CELIA ¡Andrés! ¡Querido Andrés! Es preciso que usted me ayude, que usted me salve.

ANDRÉS (Con la mayor tranquilidad.) ¿Qué sucede?

CELIA ¡Una cosa horrible! Yo no tengo la culpa. Yo no sabía nada... ¡Ah! Si yo lo hubiera sabido...

ANDRÉS Pero, vamos á ver, ¿qué pasa?

CELIA Mire usted, yo necesito decírselo todo, confesárselo todo... Yo quería reconciliar á Santiago con su mujer... Convencer á ese idiota de Mario de que no debía irse á América, porque Teresa lo quiere... Por eso procuré hacerme amiga de los dos, conseguir alguna influencia sobre ellos...

ANDRÉS (Muy contento.) ¡Ah! ¿Y era por eso por lo que no se separaban de usted un momento?

CELIA ¡Claro!

ANDRÉS (Con entusiasmo creciente.) ¿Era por eso? ¿Nada más que por eso? Pues, entonces, muy bien, ha hecho usted muy bien... ¡Eso es admirable!...

CELIA No, espantoso... Créame usted... No podía suceder nada peor... Yo estoy desesperada...

ANDRÉS ¿Por qué?

CELIA Porque usted no sabe lo que sucede ahora... ¿Quién se lo había de imaginar? Santiago...

ANDRÉS (Interrumpiéndola.) ¿Santiago? ¿Qué le pasa á Santiago?

CELIA ¡Está enamorado de mí!

ANDRÉS ¿Qué?

CELIA Y Mario lo quiere desafiar...

ANDRÉS ¿Desafiarle? ¿Por qué?

- CELIA ¿Pero no comprende usted nada? Porque Mario también está enamorado de mí...
- ANDRÉS ¡Naturalmente, Señor! ¡Pero si no había más remedio! ¡Si era muy lógico! Parece mentira que no se me haya ocurrido antes... ¡Si no puede usted hacer otra cosa! Todo el mundo está enamorado de usted... En Francia, en Italia... en América... Los magistrados del Brasil... El irlandés de la *madonna*... El jefe de la estación... Todo el mundo está enamorado de usted... ¡Es graciosísimo!... ¡Todos... menos yo! Y, sin embargo, soy yo el... hombre de confianza, porque, como si lo viera, me va usted á encargar de una misión ridícula ó desagradable.
- CELIA (Bajando la cabeza, y lentamente.) Sí, señor... sí.
- ANDRÉS ¡Muy bonito! ¡Y usted tan satisfecha! ¡Un éxito colosal! Ha conseguido usted lo que se proponía... Porque claro es que, si ellos están locos por usted, no hay duda, es porque usted habrá puesto los medios para que sucediera eso.
- CELIA No, señor, no. ¡Si yo no he hecho nada! Yo les hablé como hablo á todo el mundo...
- ANDRÉS ¿Y le parece á usted poco? ¿Hace falta más?
- CELIA Pero imagínese usted. Mario es un tirador de primera fuerza.
- ANDRÉS ¡Ah! ¿Y tiene usted miedo por Santiago?
- CELIA No, señor, no.
- ANDRÉS Entonces... ¿Tiene usted miedo por Mario?
- CELIA No... Tengo miedo por los dos.
- ANDRÉS ¡Es el colmo! Confieso que no se me había ocurrido... Hasta ahí no llegaba yo...
- CELIA Oígame usted, Andrés... No hay tiempo que perder... Es preciso evitar que se encuentren... Es preciso disuadirles... usted no sabe cómo se han separado de mí esos hombres...! Yo le suplico...

ANDRÉS ¡Oh! ¡Qué piadosa es usted! Y qué contento estoy yo... ¿Es decir, que usted cree... que porque se burló de mí con la más injusta crueldad... porque me hizo sufrir el mayor de los desengaños... porque llenó de tristeza mi vida... usted cree que puede contar conmigo hasta el sacrificio? ¿Usted lo cree?

CELIA Sí, señor.

ANDRÉS (Parece que va á decir todo lo contrario.) Pues, bien... ¡Tiene usted razón, porque yo soy tan idiota como todo eso!

CELIA No, Andrés, no. Es usted mi mejor amigo, yo le quiero á usted de todo corazón, más de lo que usted...

ANDRÉS Bueno... ¡No hablemos de eso!

CELIA Pero ¿está usted seguro de impedir ese disparate? ¿No se batirán?

ANDRÉS Se lo prometo á usted... No sé qué voy á hacer para conseguirlo... pero se lo prometo á usted. ¿Dónde estará Santiago?

CELIA En el salón de la fiesta, sin duda.

ANDRÉS ¿Y el otro?

CELIA Habrá ido á buscarle.

ANDRÉS Bien, no tenga usted miedo... Voy á ver. (Dirigiéndose hacia la izquierda.)

CELIA Gracias, Andrés... En usted confío.

ANDRÉS (Retrocediendo desde la puerta.) Ahí tenemos á uno.

CELIA Pues no se separe usted de él, por Dios. Hasta luego. (Vase foro.)

(Por la derecha, SANTIAGO.)

SANT. (Muy tranquilo, se dirige á un mueble y abre una cajita de cigarros.) ¡Hola! Tú ¿también hu-yes de la fiestecita?

ANDRÉS Claro... ¡Si aquello aturde!

SANT. ¡Y tan bien como estaríamos paseando por la playa!... ¿Has visto qué noche hace?

ANDRÉS ¡Sí que es una noche...! ¿No has visto á Mario por el salón?

SANT. ¿A Mario? No.

ANDRÉS (Adoptando la más cómoda postura en la mecedora.) Bueno..., hombre, bueno...

SANT. (Que acaba de llenar su petaca, sentándose á su lado.) He venido á buscar cigarros... ¡Tenía unas ganas de fumar!

ANDRÉS ¿No vas á volver por allá dentro, eh?

SANT. Sí; Germana dice que la dejamos sola.

ANDRÉS No, hombre, no... Quédate aquí conmigo... Tenemos que hablar.

(Santiago le ha ofrecido un cigarrillo y fuman.)

SANT. ¡Ah! ¿Sí? ¿Tienes algo que decirme?

ANDRÉS (Sin saber qué contestar.) Sí; ¿no he de tener? Muchas cosas; muchísimas...

SANT. Pues, anda... Ya te oigo.

ANDRÉS El caso es que no sé... por dónde empezar. (Aparte.) Vamos á ver... ¿Y qué le digo yo á éste? La verdad es que tienes razón... Sí, señor... Hace una noche...

(Por la derecha, MARIO, tan tranquilo como su rival.)

MARIO Gracias á Dios, hombre...

ANDRÉS (Aparte.) Ya está... Llegó el momento.

MARIO ¿A fumar un cigarro lejos del barullo, eh? (Sentándose.) ¿Quién me hace el favor de darme un...? (Se dirige á Santiago, pero Andrés se interpone y le ofrece su pitillera.)

ANDRÉS No; tome usted, tome usted...

MARIO Gracias... Hace más de media hora que estoy sin fumar.

ANDRÉS (Aparte.) Ahora va á ser ella... ¡Estos se comen!

MARIO (A Santiago.) ¿Me da usted lumbre?

ANDRÉS (Como antes, ofreciéndole su cigarro.) No; tome usted, tome usted.

SANT. (Aparte.) Pero, ¿qué le pasa á éste?

MARIO (Lanzando bocanadas de humo al aire.) Conven-gamos en que no se puede estar mejor aquí. ¡Es un rincón que vale...!

SANT. ¿No les parece á ustedes que hay días, ó mejor dicho, momentos, en que se siente uno... invadido por el optimismo?

ANDRÉS (Aparte. Mirando alternativamente á uno y á otro.) Pero, ¿qué quiere decir esto?

MARIO ¡Si es que llevan ustedes aquí una vida deliciosa!

SANT. Por lo menos, tranquila.

MARIO Es preciso confesar, querido conde, que se pasan con ustedes las horas sin sentir... Es usted un amo de casa incomparable.

SANT. Y usted, querido Mario, el más amable y el más indulgente de los...

ANDRÉS (Perdiendo ya la paciencia.) Total, ¿que son ustedes los mejores amigos del mundo, no es eso?

SANT. Indudablemente.

ANDRÉS Bien, hombre, bien. Eso es lo que á mí me gusta; que todo el mundo se entienda como Dios manda...

SANT. ¡Ah! Eso sí... Los hombres nos entendemos siempre admirablemente...

ANDRÉS ¡Ah! Si no fuera porque hay mujeres.

SANT. (Con el mayor desdén.) ¡Bah! ¿Quién hace caso de las mujeres?

MARIO Mire usted, en una noche como esta, desafío yo á la mujer que se propusiera hacerme reñir con un amigo... (Andrés, lleno de asombro, no hace más que contemplar las caras de los dos.) ¿No ve usted que conoce uno ya todas sus malas artes? Yo pasaría seis meses junto á la más temible de las coquetas... Ahí tiene usted, sin ir más lejos, al lado de una mujer como Celia Witel, y estoy seguro...

ANDRÉS (Que da un salto, al oír el nombre de Celia, bruscamente.) Perdone usted... No sé lo que tenga que ver el nombre de esa señora con lo que estamos hablando.

MARIO Hombre, yo lo ponía como ejemplo.

ANDRÉS Pues yo le agradecería á usted mucho que se tomase la molestia de buscar otro.

- SANT. Pero, oye, Andrés... ¿me quieres decir á qué viene ese tono?
- ANDRÉS Es el que yo suelo emplear cuando hace falta.
- SANT. Pero, hijo, no hay motivo... Estamos aquí hablando tranquilamente...
- MARIO (Empezando á perder la paciencia.) El amigo Andrés tendrá que reconocer, en el tono que quiera, lo que todo el mundo sabe: que Celia Witel sólo se goza en burlarse de todos los hombres y reirse de todos...
- SANT. (Lleno de convicción: amistosamente.) Pero si éste lo sabe... Eso...
- ANDRÉS Eso es falso; yo no he encontrado á ninguno de esos hombres...
- MARIO Vamos, amigo Andrés...
- ANDRÉS ¡Cítenme ustedes uno! (Pausa.) ¿Lo ven ustedes? Celia es una mujer irreprochable... Tiene un corazón generoso... No ha engañado á nadie en la vida... No ha traicionado á nadie... No faltó á su palabra nunca... No ha hecho sufrir á nadie... ¿Lo oyen ustedes? A nadie.
- MARIO ¡No!... Si todas las opiniones son respetables... hasta las que no tienen fundamento.
- ANDRÉS (Dirigiéndose ya con decisión á Mario.) ¡Pues, bien, señor mío; es que yo no admito que se tenga otra respecto á esa mujer! ¿Lo entiende usted ya?
- SANT. Pero, hombre..., Andrés...
- MARIO Oiga usted... ¿Eso es una provocación?
- ANDRÉS Eso es lo que usted quiera.
- SANT. Pero, hijo mío... ¡tú no sabes lo que dices! Comprenderás que esto...
- MARIO Es inútil, Santiago... Este asunto no tiene más que una solución... Y el señor ya sabe cuál es.
- ANDRÉS Sí, hombre, sí... Conformes.
- MARIO (Afectuosísimo, á Santiago, poniéndole la mano en el hombro.) Y yo le pido mil perdones, querido conde, pero usted comprenderá...

- SANT. (Lo mismo.) No, señor, no... Yo soy el que ha de pedírselos á usted...
(Los dos se dirigen á la puerta de la izquierda. Mario vase.)
- ANDRÉS (Respirando con satisfacción.) Uff... ¡Ya está! Así todo se arregla admirablemente.
- SANT. (Volviendo de despedir á Mario.) Pero, vamos á ver... ¿Quieres hacerme el favor de explicarme?...
- ANDRÉS No tengo nada que explicar... ¡Déjame en paz!
- SANT. ¡Es absurdo!... En fin, es preferible dejarlo ahora... Mañana, cuando estés más tranquilo, procuraremos que se arregle esto de la mejor manera posible.
- ANDRÉS (Encogiéndose de hombros.) Bueno.
(Santiago vase por la izquierda.)
-

(Por el foro CELIA.)

- CELIA (Vivamente.) ¿Qué?
- ANDRÉS Tranquilícese usted. Ya no hay peligro.
- CELIA ¿No se batirán? ¿De veras?
- ANDRÉS (Cada vez con mayor sequedad.) Yo no he mentado nunca.
- CELIA ¿De modo, que ha conseguido usted?...
- ANDRÉS (Irónico.) Sí... No crea usted, que no me ha costado trabajo... Pero de una manera muy delicada... y á fuerza de habilidad...
- CELIA Gracias, gracias... (Tendiéndole la mano.) Es usted un verdadero amigo...
- ANDRÉS (Sin moverse.) No.
- CELIA ¿Qué?
- ANDRÉS Yo no soy amigo de usted.
- CELIA ¡Andrés!... Pero, ¿no habíamos hecho las paces?... ¿Y dice usted eso en el momento en que acaba de darme una prueba de sincera adhesión?
- ANDRÉS Eso no prueba nada. Nuestra adhesión á una mujer es mayor cuanto más le tenemos que perdonar.
- CELIA No, oígame usted... Yo le agradezco con

toda el alma su amistad y le guardo un afecto verdadero, un afecto que nunca he sentido tan vivamente... Porque tiene usted un corazón...

ANDRÉS Lástima que de usted no se pueda decir lo mismo.

CELIA Andrés...

ANDRÉS No, de usted... ¡de ti!—¿Para qué hipocresías, por qué no hablarte como siempre, como en otro tiempo, cuando quizá sea esta la última vez que te hable?—Yo no creía que pudiera tener nunca el valor de decírtelo... pero hoy me parece que tengo derecho... me parece que vuelvo á sentir de un solo golpe, hoy, todo lo que por ti he sufrido desde hace diez años. Y siento ansias de gritar todo lo que no me he atrevido á decir á nadie... todo lo que no me atreví á confesarme á mí mismo: mis desengaños, mis angustias, mis celos, mi rencor... ¡La vergüenza de quererte aún!

CELIA Pero, ¿qué tienes que reprocharme hoy?

ANDRÉS ¡Todo! Porque todo es en ti falsedad, y engaño, y mentira... Lo que dicen tus ojos, lo que dicen tus palabras, la obra entera de tu vida, que ha contraído á cada hora, á cada minuto, una nueva deuda de amor, que no pensaste nunca en pagar. ¡Cuánta razón la de ese imbécil cuando decía de ti lo que ha dicho!

CELIA ¿De mí? ¿Quién?

ANDRÉS ¡Y mientras hablaba, yo sentía unos furiosos deseos de aplaudir y de gritar: ¡Sí! ¡Bravo! ¡Tiene razón! ¡Es eso! ¡Verdad, verdad!

(Pausa.)

CELIA (Conmovida, más llena de asombro que de indignación.) ¿Has consentido tú que me insultasen? ¡No lo hubiera creído nunca! ¿Tú?

ANDRÉS ¿Yo? Me bato mañana con él.

CELIA (Transición suprema.) ¿Qué has dicho? ¡No!

Yo no quiero, ¿lo oyes?, no quiero... ¡Yo no consentiré que arriesgues tu vida por mí!

ANDRÉS ¿Qué me importa la vida? Nadie me quiere, nadie me puede querer... Estoy solo en el mundo...

CELIA No, Andrés... No es verdad... Yo... lo impediré... Yo...

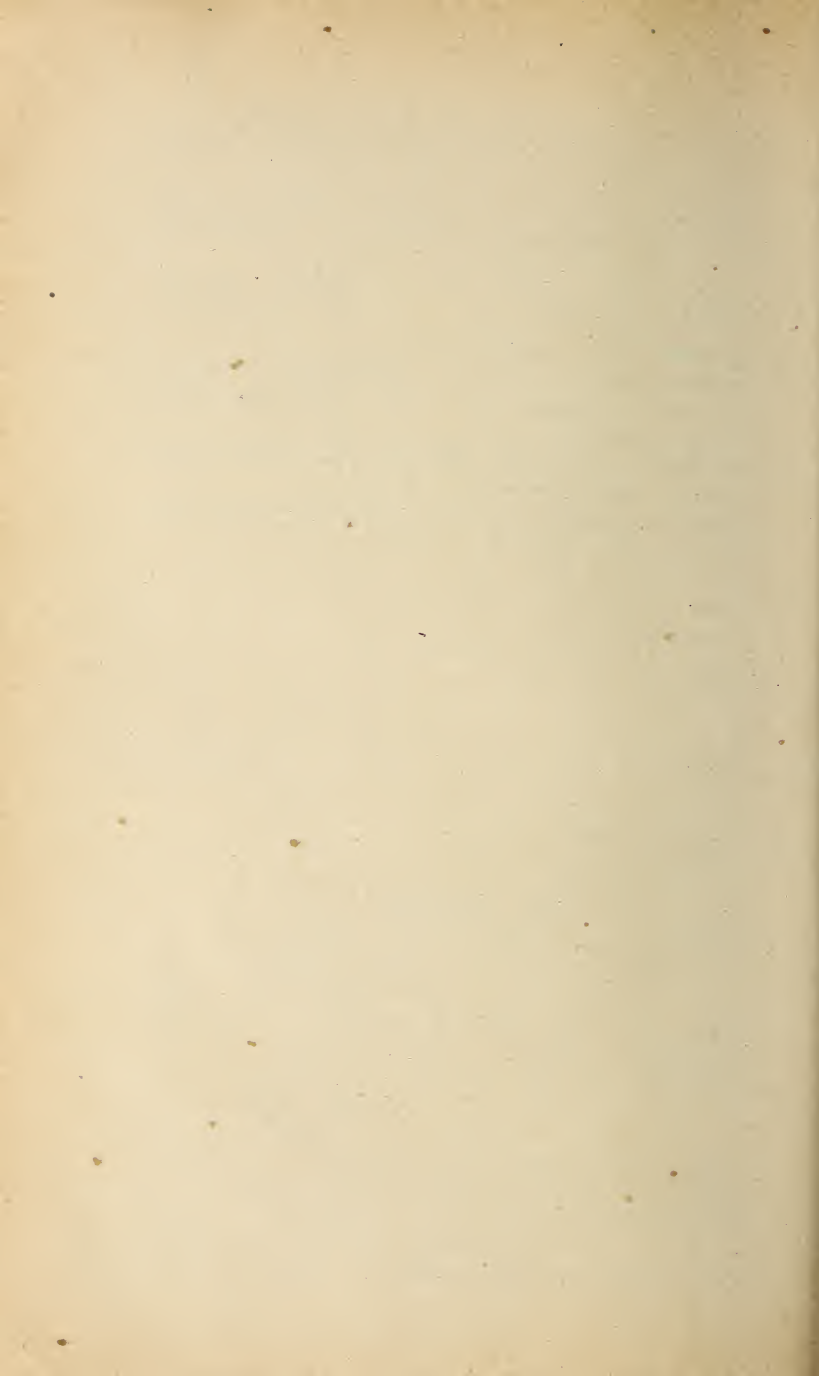
ANDRÉS ¿Y con qué derecho?

CELIA ¿Pero no me ves... temblando?... ¡Que por la primera vez en mi vida... yo... tengo miedo!

ANDRÉS (Con ansiedad.) ¿Miedo... por quién? ¿Por mí?... ¡Celia!

CELIA (En voz muy baja... Es un suspiro, es la rendición.) ¡Sí... Andrés, por ti!

TELÓN



ACTO CUARTO

La misma decoración del tercero.

Son las once de la mañana y el sol cae de lleno sobre el jardín y entra por todas las puertas y ventanas.

Al levantarse el telón, PEDRO está cerrando los cristales de la galería y poniendo en orden los muebles. Han desaparecido los ramos de flores de la noche anterior.

(Por la izquierda, GERMANA.)

- GERM. (A Pedro.) ¿No ha vuelto aún el señor?
PEDRO No, señora. Pero creo que ya no tardará, porque salió á caballo muy temprano.
GERM. ¿A caballo? Pues yo he oído antes el automóvil...
PEDRO Era el de la señorita Celia.
GERM. ¿Ha salido también?...
PEDRO Sí, pero mucho después. Y me ha encargado que le dijese á la señora que volvería en seguida, que no iba más que á hacer una visita aquí cerca, al castillo del señor barón...
GERM. (Sorpresa.) ¿Al castillo del...?
(Suena, lejos, la bocina de un automóvil. GERMANA se detiene y mira por la galería al camino.)
¿Y el señor... no ha preguntado por mí, antes de irse?
PEDRO No, señora.
GERM. Está bien... (Suena, más cerca, y luego más cerca aún, la bocina del automóvil.)
-
-

(CELIA, por el foro.)

- GERM. (Corriendo á abrazarla.) ¡Gracias á Dios! ¡Si supieras qué noche,... qué horas acabo de

pasar! ¡La gana que yo tenía de verte!
¿De dónde vienes?

CELIA (Quitándose el sombrero y los guantes.) De casa de Mario. He tenido el gusto de conocer á su madre, que es una señora muy simpática, muy amable. Y él también, el pobre muchacho... He ido á pedirle un favor, más que favor, casi un sacrificio... Y lo ha hecho al instante, sin vacilar...

GERM. (Impaciente.) Bien, pero dí, cuéntame, hablemos de lo que me importa... Anoche, Santiago, ¿qué? ¿Conseguiste algo? ¿Crees tú...

CELIA Sí, mujer, sí.

GERM. (Muy contenta.) ¿De veras? ¿No nos engañará?

CELIA No hay miedo. Santiago le ha escrito á esa... señora una carta que no le perdonará ella nunca. Dictada por mí, y enviada por mí ahora mismo. ¿Qué más quieres?

GERM. (Con un suspiro de satisfacción.) ¡Ay, querida Celia! ¿Cómo pagarte?... ¡No sabes tú... (La vuelve á abrazar.) Pero dí, explícame... ¿Y él que te dijo? ¿Me quiere todavía?...

CELIA Vaya si te quiere... ¡No faltaba más!

GERM. Yo estaba tan inquieta, tan preocupada, que no sabía qué hacer... Cuando se acabó el baile tenía una fiebre... Llena de ansiedad, subí á tu cuarto, llamé...

CELIA ¡Ah!... Pues... no te oí.

GERM. Sin duda te habrías dormido ya.

CELIA Sin duda.

GERM. ¿Y estás segura de que Santiago no la volverá á ver?... ¿Y él...? ¿Cómo se portó contigo? ¿Se hizo de rogar...?

CELIA Te diré: al principio, sí... Pero luego...

GERM. (Indignada.) ¿Se hizo de rogar? ¡El muy sinvergüenza!... ¡Qué valor! ¡Me las pagará todas juntas! Yo te juro que me las...

CELIA (Que ve llegar á Andrés.) ¡Calla!

(ANDRÉS, por el foro.)

ANDRÉS Buenos días, Germana... Buenos días...
Celia...

GERM. Felices. ¿Ahora amanece usted? Me parece que se le han pegado las sábanas hoy...

ANDRÉS Sí, señora... Nunca me ha sucedido esto. ¿Qué hora es? (Mirando al reloj que hay en el salón y poniendo el suyo en hora.) Me olvidé anoche de darle cuerda... y se paró.

GERM. (A Celia.) Voy á ver cómo anda el almuerzo. ¿Tú te irás á desnudar, eh? Pues, en cuanto puedas... ya sabes que te espero. (Vase izquierda.)

CELIA Sí, voy en seguida.

ANDRÉS (A Celia, estrechando sus manos después de mirar á todas partes.) ¿Qué te has de ir? ¡Celia! ¡Celia!... Yo no sé cómo decírtelo... ¡Soy tan dichoso! ¡Tan dichoso!... Y como no tengo costumbre... Porque yo no sé más que rabiarse, desesperarme... ¡No sé cómo decirte que soy feliz! ¡Puede que no sepa... ni serlo! Pero tú me enseñarás, ¿verdad?

CELIA Andrés... (Se sientan.)

ANDRÉS Perdóname... Es que me vuelvo loco... ¡Es que me parece una cosa soñada!... ¡Cuando pienso en que vas á ser mía!... ¡Mía! ¡Cuando pienso en que vas á ser *mi* mujer!

CELIA (Con frialdad.) Tu mujer...

ANDRÉS Sí.

CELIA Sí, desde luego...

ANDRÉS (Cada vez más apasionado.) ¡Conmigo siempre! ¡Toda la vida juntos!... ¡A compartir las alegrías y las penas! ¡Todo para los dos! Porque todo, lo que se goza y lo que se sufre, el día venturoso como el aciago... ¡todo es vida!

CELIA (Friamente.) Sí... claro que sí... Pero, ¿qué quieres? Yo...

ANDRÉS ¿Qué?

CELIA Nada... Que te he oído tantas veces ha-

blar mal del matrimonio, que... la verdad, tengo miedo... no creas...

ANDRÉS Celia... Cuando un hombre habla mal del matrimonio, es porque no se pudo casar con la mujer que hubiera querido... ó alguna vez porque se casó con ella y... ¡Pero ya verás, ya verás como nosotros somos felices! No pienso en otra cosa. Lo tengo ya todo reflexionado, todo previsto...

CELIA ¡Ah! ¿Sí?

ANDRÉS Todo.

CELIA ¿Sin contar conmigo, como de costumbre?

ANDRÉS ¡Oh! Nada temas... Yo he de dejarte toda tu libertad... ¡No faltaba otra cosa! Pero ya lo tengo todo pensado... En primer lugar, la casa. Yo conozco un hotel precioso, con unas vistas soberbias...

CELIA ¿En el centro de París?

ANDRÉS No, mujer, no... En las afueras... Lo más lejos posible del centro.

CELIA Pues ya no me gusta eso...

ANDRÉS Sí, ya verás como sí que te gusta... mucho...

CELIA No...

ANDRÉS Y, además, que nosotros no hemos de pasar más que algunos dos ó tres meses del invierno en París...

CELIA ¡Ah! ¿Sí? Y el resto...

ANDRÉS En el campo... Pero en el campo, de verdad, no como estos... En el verdadero campo, sin vecinos, ni visitas, ni *sports*, ni distracciones... Solos, completamente solos... ¿Qué bien, eh?

CELIA Pues ya es un programita, no creas...

ANDRÉS Bueno: ante todo, emprenderemos nuestro viaje de novios...

CELIA ¡Vamos, eso está bien! ¿A Italia? ¿A Florencia?

ANDRÉS No. Hay mucha gente allí; va todo el mundo...

CELIA Entonces, al pueblo de al lado... un viaje... en tranvía...

ANDRÉS No, mujer. Eso no. Haremos lo que tú quieras... empezando por combinar un itinerario preciso, exacto...

CELIA ¿Para qué? Más bonito es irnos sin saber á dónde, al capricho del auto, por los caminos que nos parezcan más simpáticos, como á la ventura...

ANDRÉS No, eso si que no. ¿Ves tú? Nada de automóvil... No, el buen ferrocarril, tranquilo, seguro... Que nos lleva á unas estaciones que sabemos ya cuáles son, que están puestas en la Guía... El hermoso tren que llega á cada sitio á la hora fijada...

CELIA O con retraso de cinco ó seis horas

ANDRÉS Bueno, cuando llega con retraso te queda el consuelo de protestar contra la compañía.

CELIA ¡Ay! Andrés, Andrés... Todo ha cambiado desde ayer, todo menos nosotros...

ANDRÉS ¿Qué quieres decir?

CELIA Lo que digo. Yo te quiero de veras... Estoy muy contenta, soy feliz... Yo creo que lo seré siempre...

ANDRÉS No lo dudes... Siempre...

CELIA Pero hay una cosa sobre lo cual ni tú ni yo podemos nada...

ANDRÉS ¿Y es...?

CELIA Nosotros mismos. A pesar de tu cariño, á pesar del que yo te tengo, en vano hemos de luchar; yo seré siempre la mujer de la independencia y del automóvil... Tú, el hombre de la regularidad y de la Guía de ferrocarriles...

ANDRÉS ¡Celia...! No me asustes...

CELIA En fin, admitamos todo lo que tú quieras. Ya estamos casados. ¿Qué cara vas á poner tú cuando veas que me hacen el amor?

ANDRÉS (Escandalizado.) ¿Qué?... ¡No habrá caso!

- CELIA Sí, hombre, sí...
- ANDRÉS No...
- CELIA ¿Qué dirás tú cuando veas que salgo sin decirte á dónde voy?
- ANDRÉS Es que me lo dirás.
- CELIA No.
- ANDRÉS Entonces, saldré yo contigo.
- CELIA ¡Eso podíamos hacer!
- ANDRÉS O no saldrás.
- CELIA ¿Tú lo ves? Por eso me da un miedo enorme pensar en nuestra boda, en que tú hayas de quererme por obligación.
- ANDRÉS ¡Basta, Celia!... No te quería comprender... Pero, sí, tienes razón... Sigues siendo la misma, la que me abandonó por haberse roto una varilla de su abanico... No quieres otros lazos que los que puedan romperse con una palabra, con una sonrisa... Me quieres tal vez... pero menos que á tu orgullo, menos que á tu libertad. Pues bien, no... Yo no me contento con ese amor... ¡Es muy distinto del mío! No lo quiero.
- CELIA No, Andrés... No me atormentes ni te des martirio tú... Yo te aseguro...

(Entra GARÍN.)

Buenos días, querido maestro... Les dejo á ustedes, que me está esperando Germana...

- GARÍN ¿Qué? ¿Cómo va, mi querido Andrés?
- ANDRÉS (Transtornado.) Bien, muy bien, gracias.
- GARÍN ¿Qué le pasa á usted?
- ANDRÉS Nada, nada... ¿Santiago no ha preguntado por mí?
- GARÍN Que yo sepa, no... Pero, ¿qué tiene usted?
- ANDRÉS No me pregunte usted nada... No puede usted comprenderlo... Sería preciso que supiera usted muchas cosas...
- GARÍN Es que yo creo que sé... dos ó tres...
- ANDRÉS ¿Qué quiere usted decir?

GARÍN Pues, hombre... que... pudo suceder que anoche, así como á las doce y media ó la una... cuando terminaba la fiesta, un pobre señor que no cree en los fantasmas, divisara desde su ventana, dos... dos... uno de los cuales se parecía notablemente á usted. Iban paseando por el jardín, por los senderos azules, que parecían de plata, alumbrados por la luz de la luna... Y los vió tan abstraídos en su conversación, tan lejos de la tierra... La sombra de las ramas temblaba á su paso... Los grillos, que son gente muy tranquila, muy casera, se callaban, sorprendidos... Y, claro, el pobre señor reflexionó, y se dijo... que cuando los fantasmas van por parejas, no son fantasmas... porque sería una lástima que lo fueran... Ya ve usted, amigo Andrés, como tenía yo mis razones para suponer que esta mañana iba á encontrar en el mundo á un hombre feliz.

ANDRÉS (Amargamente.) ¡Feliz!...

GARÍN Pues ¿qué sucede? Hable usted, hombre. Tiene usted necesidad de un amigo sincero.

ANDRÉS Garín... ¡No puedo más! Yo no he sufrido más nunca; ni por ella misma... Yo creía haber triunfado de su voluntad, á fuerza de sacrificios... Que tenía bien ganado el derecho á guardarla, á ser su compañero, su...

GARÍN ¿Y qué?...

ANDRÉS Ella no ha pensado nunca en casarse conmigo. Me dijo anoche que me quería por piedad. ¡Y pensar que ayer me consideraba yo desgraciado! Hoy es cuando sé que hay algo más cruel que pasarse la vida esperando que la felicidad llegue: ¡es que llegue y se pierda!

GARÍN ¡Pobre Andrés! No hable usted de la felicidad... No es de nuestros tiempos... La felicidad es una cosa muy sencilla, y nos-

- otros somos unos seres muy complejos. Ya no se lleva; pasó de moda como los miriñaques de mi juventud y el frac con botón dorado. Y cuando nos cruzamos con ella por algún camino, no la reconocemos ya... porque la tenemos olvidada. Para consolarnos nos quedan algunas alegrías y un sinnúmero de placeres. ¿Por qué pedirle á la vida, al fin mujer, otra cosa que lo que nos puede dar?
- ANDRÉS ¡Toda mi juventud... ya ciega, desolada!... ¡No quiero ni volverla á ver!... Estoy aquí, porque no tengo más remedio que esperar á los padrinos de Mario.
- GARÍN ¿Un duelo?
- ANDRÉS Sí, mañana me voy á proporcionar el placer de recibir una hermosa estocada, en honor á Celia Witel.
- GARÍN ¿Por qué? ¿Quién le dice á usted que haya de ser precisamente...?
- ANDRÉS Sí, señor, sí... En primer término, el bueno de Mario es un gran tirador... Y, además, que tiene razón.

- (PEDRO, por el foro.)
- PEDRO Señorito, acaban de traer esto y esperan...
- ANDRÉS ¿Quién lo ha traído?
- PEDRO El *chauffeur* del señor barón. Dice que es urgente...
- ANDRÉS (Abre la carta.) ¡Está bien! ¡El colmo! (A Pedro.) No tiene contestación... Esto es inaudito... ¡Me da explicaciones!...
- GARÍN ¿Mario?
- ANDRÉS Lea usted... Explicaciones... Ese espadachín...
- GARÍN Pues, hombre, me alegro.
- ANDRÉS Es decir, que habré perdido lo único que me quedaba... la pobre alegría de batirme por defenderla... Piense usted... Si me hubieran herido, ella tendría algún remordimiento, un minuto de angustia...

Hubiera sufrido por mí un minuto... ¡Y no me queda ni esto! Y yo, sin fe para soportar la vida, cuando vuelva los ojos al pasado, no encontraré ni siquiera la dulzura de un hermoso recuerdo... Soy el más infeliz de los hombres.

GARÍN No; hay alguien más infeliz aún...

ANDRÉS ¿Quién?

GARÍN El que no ha conocido ni esos sufrimientos.

ANDRÉS Perdóneme usted. Es verdad...

(Le tiende la mano y vase.)

GARÍN Hay una cosa que le consuela á uno de que no le hayan querido las mujeres... Y es... ver los disgustos que dan á los que dicen que los quieren.

(SANTIAGO, por la derecha.)

SANT. Buenos días. ¿Qué tal?

GARÍN ¡Una buena noticia! Andrés acaba de recibir una carta del barón, en que le da explicaciones.

SANT. ¿Cómo explicaciones? Pero si el ofendido es Mario.

GARÍN Precisamente... En las cuestiones de honor, el absurdo es la regla. Total, que todo se ha arreglado.

SANT. No sabe usted el peso que se me quita de encima. Me tenía ese asunto... Ahí tiene usted los periódicos de hoy.

GARÍN Gracias. Me voy á leerlos á la terraza, junto á mi amigo el viejo rosal... ese tan viejo, que comete la locura de volver á dar flores...

(Vase foro.)

(Por el foro, la SRA. DE OVIEDO.)

SRA. O. ¡Buenos días, vecino!

SANT. (Sorprendido.) ¿Usted?...

SRA. O. ¿No me esperaba usted, verdad?

- SANT. (Sin saber qué decir.) Francamente...
- SRA. O. Pues acabo de recibir su carta...
- SANT. ¿Mi carta?... Sí, sí... ¿Su esposo de usted, bien?
- SRA. O. Bien, muy bien... ¿Y Germana, buena, eh?
- SANT. Sí, señora, bien... Muchas gracias.
- SRA. O. Pues, entonces... ¿en qué quedamos? ¿No me dice usted en su carta que está tan delicada?
- SANT. (Aturdido, vacilando.) ¡Ah! Sí, eso es. Delicada... Bastante deli...
- SRA. O. (Echándose á reir.) ¡Ay, qué mal! ¡Muy mal! ¡No lo puede usted hacer peor! Pero, Dios mío... ¡si cuesta tan poco trabajo decir la verdad! ¡Si es lo más sencillo!
- SANT. Yo le aseguro á usted...
- SRA. O. No, Santiago, no. ¿Para qué vamos á empeñarnos en malograr, á última hora, el recuerdo que yo quisiera tener siempre de usted?
- SANT. ¿El recuerdo...?
- SRA. O. (Interrumpiéndole.) Sí, de un hombre muy galante, muy discreto... y, sobre todo, sobre todo, *muy previsor*.
- SANT. ¿Qué quiere decir eso?
- SRA. O. Eso quiere decir que usted, adivinando, sin duda, lo que yo empezaba á sentir... ha querido adelantarse á mis deseos, y lleno de cortesía y amabilidad, prefiere quedarse con el peor papel... Y eso no puede ser más galante.
- SANT. No lo entiendo.
- SRA. O. Sí... Usted ha comprendido que yo estaba en vísperas de decirle...: Querido Santiago: hasta las cosas más bonitas del mundo tienen un fin... Puede que por eso mismo sean cosas bonitas...
- SANT. ¡Ah! Vamos, ya...
- SRA. O. En resumen: que cuando usted me escribía que su esposa se hallaba enferma, yo estaba también disponiéndome á que

mi marido tuviese un día ú otro un acceso de bilis... ¡Qué oportunidad la de usted! ¡No sabe usted cuánto se lo agradezco! Y voy á darle una prueba...

SANT. ¿Una prueba?

SRA. O. Sí. Ya comprenderá usted que cuando me tomo la molestia de salir de casa tan temprano... por algo será. Vengo por hacerle á usted un favor...

SANT. ¿A mí?...

SRA. O. Pero un favor inmenso, que no se le olvidará nunca...

SANT. Amenazas, no... ¡por Dios! Agata.

SRA. O. No es amenaza... Es un consejo de buena amiga.

SANT. Usted dirá.

SRA. O. Tiene usted muy abandonada su casa; yo creo que debiera usted atender á su esposa, de hoy en adelante, como la pobre se merece...

SANT. ¿Y qué más?

SRA. O. Créame usted... Suceden á lo mejor tantas cosas que uno ignora...

SANT. (Secamente ya.) En mi casa, no.

SRA. O. No se enfade usted, porque haría muy mal. Mire usted, ahora mismo, sin ir más lejos, acaba de contarme una de mis doncellas, que esta madrugada, entre dos luces, ha visto el jardinero, con la sorpresa que usted puede suponer, que una señora elegantísima atravesaba el parque y se refugiaba en su casa de usted... ¿No es extraordinario el suceso?

SANT. ¡Eso no es posible!

SRA. O. ¡Dios mío, las once ya! me voy corriendo... ¡Pero, calle, se me olvidaba lo principal!

SANT. ¿Hay... algo más?

SRA. O. (Entregándole el abanico de Germana.) Sí, devolverle á usted esto. Lo acabo de encontrar en un macizo, allá junto á la puerta. Sin duda es de alguna de estas

- señoras, y como es tan bonito, la que haya tenido la desgracia... de perderlo, lo sentirá...
- SANT. (Abriéndolo.) Pero... ¡Si este abanico es de Germana! Lo llevaba anoche ella...
- SRA. O. (Fingiendo la mayor sorpresa.) ¡Ah! ¿Sí? ¿Es de Germana?
- SANT. ¡Bien lo sabe usted!
- SRA. O. No, no me había fijado. ¡Y qué lástima! Toda la tela está mojada... Claro, el rocío de la noche...
- SANT. (Preocupado.) ¿Y es verdad eso de que lo encontró usted...?
- SRA. O. ¿No se lo digo? Allá fuera, junto á las begonias... Pero aquí tiene usted á Germana que le podrá dar todos los datos que usted quiera...

(GERMANA, por la izquierda. Se detiene llena de asombro al ver á la señora de Oviedo. Esta se dirige á ella.)

Amiga mía, usted tuvo la bondad de devolverle á mi marido la otra tarde mi cajita de polvos. Yo le acabo de traer á Santiago su abanico de usted. Luego estamos en paz. Adiós. (Vase foro.)

- SANT. Oye, Germana...
- GERM. ¿Qué?
- SANT. Esa mujer ha venido... ¿Sabes á qué ha venido?
- GERM. No me importa.
- SANT. ¿Sabes en dónde ha encontrado esto?
- GERM. No.
- SANT. Casi á la entrada del parque. ¿Sabes quién lo ha perdido? Una mujer que, mucho después de terminar el baile esta madrugada, entraba aquí...
- GERM. ¿Y qué?
- SANT. (Sorprendido.) ¿Y qué?
- GERM. Sí... ¿Qué? ¿Es que sospechas tú, por casualidad, que fuera yo esa mujer?

SANT. No... Me ha transtornado, me ha puesto nervioso la mala intención de Agata, pero yo no creo... No, yo no sospecho de ti, eso nunca... Pero... explícame... dime tú...

GERM. ¿Es decir, que no dudas de mí?

SANT. No, Germana.

GERM. (Seca, rotundamente.) Pues bien, si me quisieras, dudarías de mí.

SANT. (Asombrado.) ¿Qué?

GERM. (Con exaltación creciente.) ¡Sí, señor! ¡Si tú me quisieras, al oír esa denuncia, al ver esa prueba, te hubieras vuelto loco de furor, de celos, de rabia, y me insultarías, me pegarías, me matarías... como hacen los hombres que quieren de verdad á una mujer!

SANT. ¡Es el colmo! ¿Es decir, que te parece mal la confianza que yo tengo...?

GERM. ¡Oh! Ya salió el repertorio de las grandes frases... ¿Es decir, que no te basta con haberme engañado cobardemente? Es preciso, además, el insulto, la humillación más grande de todas: la confianza.

SANT. Pero, Germana... ¿Tú sabes lo que dices?

GERM. Si te llegan á contar eso mismo de una *cualquiera*, que no fuese tu mujer, con seguridad que lo hubieses creído... De mí no lo crees, porque soy tu mujer. Una *cualquiera* te puede dejar, se puede ir... es algo que se teme perder. Pero la mujer propia, tu mujer... ¡Bah! No se teme nada... Nosotras somos... una cosa, un mueble que se ha adquirido... Y como el señor tiene un título de propiedad, un contrato en regla... ¡No hay miedo! ¡Muy bonito! ¡La confianza! ¡Y cuanto más culpable es un marido, más confianza tiene en su mujer! ¡Delicioso!

SANT. Yo no te entiendo, Germana... no te entiendo... ¿A dónde vas á parar?

GERM. A demostrarte que tu seguridad es un

absurdo. Sí: ese abanico es mío; y si yo te importara algo, te hubieras tomado el trabajo de reflexionar y hubieras descubierto muchas pruebas como esa, muchas...

SANT. (Perdiendo la paciencia.) ¿Pruebas? ¿De qué? ¿Cuáles son?

GERM. Cuando anoche se acabó la fiesta, ¿me volviste á ver?

SANT. No... pero como hace ocho días que te encierras en tu cuarto...

GERM. Y esta mañana cuando has vuelto, ¿me has encontrado?

SANT. (Cada vez más intranquilo.) No sé... ¡Yo ya no sé...!

GERM. ¿Tú lo ves? Y desde hace ocho días, ¿te ha parecido muy natural que yo soportase tu traición con esta indiferencia? ¿No te ha sorprendido esto?... ¡Ah! ¡Es que no me conoces tú bien!

SANT. ¡Germana! ¡Germana! ¡Por Dios... dime... explícate...!

GERM. No tengo nada que decir.

SANT. Pero, ¿es que te has propuesto que yo...? ¿Te has propuesto que me llegue á preocupar? ¿Atormentarme? ¿No es eso? Pues ya lo has conseguido... ¡Germana, por Dios, habla! Dime que no es verdad, y te creo... Yo no volveré á mirar en la vida á otra mujer... Te lo juro... Pero, basta, basta... yo estoy sufriendo lo que no esperaba nunca... Ya no sé qué pensar... Ya dudo de todo... hasta de ti...

GERM. (Tan convencida y rotundamente como dijo lo contrario.) ¡Pues bien, si me quisieras, no dudarías de mí!

SANT. (Con mayor asombro que nunca.) ¿Qué?...

GERM. ¡Sí, señor! Porque si me quisieras, me juzgarías con el corazón, y nada de lo que acabo de decir te importaría nada, porque á pesar de todas las sospechas y por encima de todas las acusaciones y de

todas las pruebas, yo debía tener siempre lo más hermoso y lo más necesario que hay para mí en el mundo, lo que yo no merecí nunca perder...

SANT. ¿Qué?

GERM. (Bajando la cabeza.) ¡Tu confianza!

SANT. ¡Bueno, mira... me transtornas, me desconciertas!... ¡Ya no sé á quién debo creer!...

GERM. (Con pasión.) ¡A mis ojos!

SANT. (Con explosión de alegría, abrazándola.) ¡Muñeca de mi alma! ¿Verdad que me perdonas? ¿Que no te volverás á acordar en la vida de.. lo que tú sabes? ¡Yo no lo haré más!

GERM. (Dichosa, risueña.) ¡Canalla!...

(Aparece GARÍN, por el foro, y al sorprender á la pareja en plena reconciliación, retrocede vivamente.)

GARÍN ¡Ay! Perdón...

SANT. No, pase usted, pase usted, querido maestro.

GERM. ¿Sabe usted que hemos estado ahora mismo á punto de divorciarnos? De veras, de veras.

GARÍN (Sonriendo.) Ya lo veo, ya... ¿Y por qué... ausencia de razón?

GERM. El señor conde se ha permitido dudar de su esposa un momento.

GARÍN ¿Cómo? ¿Es posible?

SANT. Juzgue usted mismo. (Entregándoselo.) El abanico este lo ha dejado esta noche en el parque...

GERM. Una señora que se conoce que ha estado tomando el fresco—sola ó acompañada, eso no lo sabemos—hasta un poco antes de salir el sol...

GARÍN (Examinando el abanico.) ¡Este abanico lo conozco yo! Es el de usted.

GERM. Claro.

GARÍN Estaba anoche encima de esa mesa.

- GERM. Sí, me lo dejé ahí olvidado.
 GARÍN (Reflexionando.) ¡Muy bien!... Sí, señor, muy bien... ¡Admirablemente bien! (Llama á un timbre.)
- SANT. ¿Qué es lo que está bien?
 GARÍN (A Germana.) ¿Vosotros sois felices, verdad, mis queridos amigos? ¿Enteramente felices?
- GERM. Sí, señor, sí.
 GARÍN Pues vamos á procurar que lo sean los demás, los que lo puedan ser. ¿No os parece?

- PEDRO, por la izquierda. Garín le habla en voz baja. Pedro vase por la derecha.)
 (A Germana) ¿Quereis ayudarme á cometer una obra de caridad... ó de misericordia, no sé... una buena acción?
- GERM. Desde luego.
 SANT. Diga usted.
 GARÍN Oídme: vamos á suponer que no habeis hecho las paces todavía...
- SANT. ¡Oh! Eso no es posible.
 GARÍN Supongámoslo, hombre. Bien. Acabo de llamar á Celia. En cuanto llegue, vais á ponerlos á reñir con la mayor indignación, pero que parezca de verdad... ¿eh? Como leones, como si os fuerais á devorar.
- GERM. Pero sepamos...
 SANT. ¿Qué es lo que va usted á hacer?
 GARÍN (Desplegando el abanico.) Esto.
- SANT. } ¿Qué?
 GERM. }
 GARÍN Mirad esta pintura. Representa al Amor, con su venda en los ojos, claro..., que se ha perdido, y un viejo pastor, casi tan viejo como yo, lo coge de la mano, y lo pone en el camino recto que debe seguir... ¿Y qué feo es el bueno del pastor, eh?

- GERM. Sí, es horrible.
 GARÍN Yo, soy yo. (Mirando hacia la derecha.) Pronto, á reñir... ¡Pero vivo, con alma! Que ya viene...
 GERM. ¡Pobrecito! ¿Y qué le digo yo á éste?
 GARÍN El insulto que más rabia te dé, pero pronto.
 GERM. ¡Granuja!... (En voz baja.) Yo te adoro.
 SANT. ¡Miserable! (Idem.) Yo me muero por ti...

(CELIA, por la derecha.)

- GERM. ¡No he de perdonarte, nunca!... (Bajo.) ¡Qué pena me da tenerte que decir eso!
 SANT. ¡Qué vergüenza! Negarse á explicar á su marido lo que tiene derecho á saber... (Se pone de pie violentamente para volverse de espaldas á CELIA y contener la risa.)
 CELIA Pero, Dios mío, ¿qué es esto? ¿Qué sucede? (Con absoluta sinceridad.)
 GARÍN (Fingiendo el mayor apuro.) ¡Ay! Señora... La llamo, porque ya no me queda más esperanza que usted. Santiago está furioso porque cree que Germana le oculta lo que hace...
 SANT. Como si fuera una vergüenza, sí.
 GARÍN Y lo peor es que ella no se puede justificar...
 CELIA ¿Tú... Germana?
 GERM. (Con sequedad.) Eso parece.
 SANT. ¡Germana, cállate!
 GERM. ¡A mí no me hables!
 CELIA Pero, vamos, Santiago... Esto es una locura... ¿Cómo puede usted pensar nada malo de una criatura como esta?
 SANT. Tengo pruebas.
 GARÍN Y, desgraciadamente, una prueba material... (Mostrándole el abanico.) ¡Esto!
 CELIA (Sorprendida, al ver el abanico, no puede disimular su emoción. Garín, que la mira fijamente, sonríe con aire de triunfo.) Este... abanico...
 GARÍN Sí, ese abanico, que es el de Germana, y

- lo han encontrado hoy, al amanecer, en medio del parque... Claro es que él sólo no ha podido irse allí.
- SANT. ¡Luego ya ve usted!
- GERM. (Irónica.) ¡Luego... ya ves!
- GARÍN ¿Quién va á explicar esto? No seré yo...
- SANT. Ni yo...
- GERM. Pues yo, menos.
- CELIA Pero, Señor... Este abanico pudo cogerlo otra persona que no fueras tú (A Germana.) y perderlo ella...
- SANT. (Secamente.) No, señora, no. Germana lo llevaba anoche. Lo ví yo en sus manos.
- GARÍN Y es que..., además, ignora usted una cosa, querida Celia...: esta madrugada han visto los criados á una señora muy elegante que cruzaba el jardín... No saben quién era, pero verla, la han visto.
- GERM. Y excuso decirte... Este hombre sospecha que fuera yo.
- SANT. Y si no eres tú, ¿quién era, me quieres decir?
- CELIA (Aparte.) ¡Dios mío!
- GARÍN ¡Señor!... ¿Quién podría ser?
- SANT. Eso digo yo: ¿quién?
- CELIA (Resuelta.) ¡Yo!
- SANT. ¿Usted?
- CELIA Sí, yo, que tomé el abanico de Germana; yo, que lo perdí esta noche, lo dejé caer ahí fuera, donde lo han encontrado.
- GERM. (Ya sinceramente sorprendida.) ¿Tú?
- GARÍN (Aparte.) ¡Gracias á Dios!
- SANT. No... Lo dice usted para salvar á su amiga, lo dice usted...

(ANDRÉS, por el foro. Viste otro traje, pero no lleva adminículos de ningún género.)

- ANDRÉS (A Santiago.) Vengo á decirlos adiós, porque me voy, de veras esta vez, y... para mucho tiempo.

- CELIA No... No se va usted. Y si se va, no se irá usted sólo. Amigos míos, Andrés y yo fuimos novios en otro tiempo, y lo volvemos á ser de nuevo... *desde anoche.* (A Santiago.) Ya lo sabe usted todo.
- ANDRÉS No hagan ustedes caso. (A Celia.) Yo le agradezco á usted mucho esa atención, señora, pero... no acepto la caridad...
- SANT. (Interrumpiéndole; á Celia.) ¿Ve usted? ¿Ve usted?
- CELIA Sí; veo que no hay más remedio que confesar la verdad entera (A Santiago.) para desvanecer todas las dudas. (A Andrés.) Y ahora supongo que no me vas á desmentir. Les presento á ustedes al que será mi marido antes de ocho días, mañana, hoy... cuando él quiera.
- ANDRÉS (Loco de júbilo.) ¡Celia!... ¡Celia!
- CELIA Sí, confieso humildemente mi derrota. Y como el soldado vencido rompe su espada antes que entregarla á su vencedor... (Haciendo ademán de romper el abanico.)
- GARÍN (Precipitándose á impedirlo.) ¡No, alto... que ese abanico no es de usted!
- CELIA (Echándose á reír.) ¡Ay! Es verdad... (A Germana.) Toma... Pero como ustedes lo aborrecen y lo consideran el cetro de la coquetería, yo renuncié á él para siempre. No volveré á tener abanico... ¡Nunca!
- GARÍN (Aparte.) Pues ya es sacrificio... (Alto, á Andrés.) ¿Y ahora? ¿Qué dice usted á eso?
- ANDRÉS (A Celia.) Gracias, gracias, Celia. Pero... ¿no te arrepentirás?
- CELIA ¡Nunca!
- ANDRÉS ¡Pues, bien; en cuanto yo sea el amo, verás como en mi casa no se hace... más que lo que tú quieras!
- CELIA (Con pasión.) No... lo que tú mandes.

(PEDRO, por el foro, con un paquetito largo y estrecho en la mano.)

PEDRO Acaba de llegar esto de París, para la señorita Celia.

CELIA ¡Ah! Sí... Ya sé lo que es.

GERM. ¿Ya lo sabes? ¿Y qué es, qué es?

CELIA Un abanico.

ANDRÉS ...¿Ya? (Todos se ríen.)

TELON

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen.